

Hacia un plan nacional de vivienda

Por JOSE FONSECA

Arquitecto—Jefe de la Sección Técnica del I. N. V.

ANTECEDENTES REMOTOS DEL PLAN NACIONAL

El problema de la vivienda, por su intensidad humana y por su gran extensión, es sin duda uno de los principales que todas las naciones tienen planteados, y más que ninguna las que, como España, acaban de pasar la crisis durísima que más tarde han reproducido aquellas ideas, si bien, descentrándolas de tal manera, que lo que pudo haber sido la base de un estudio serio de política económica nacional, se desorbitó hasta entrar en el campo de la más pura y ociosa utopía.

Como ya dijimos, el nuevo Estado se ha planteado el problema en su conjunto, y así, considerando que la vivienda protegida con ser importante, no es sino una parte del volumen total de la construcción de viviendas, encomienda al Instituto de un modo concreto y categórico la misión de

visión intuitiva libre de prejuicios, hubo de proponer casi al mismo tiempo en uno de sus discursos.

En el Congreso Municipalista de Gijón de 1934, en la Ponencia de urbanismo se planteó también por nosotros el problema del plan nacional, orientándolo siempre a lo que ha sido base de todos nuestros trabajos en la materia, que es la ya citada armonía de la distribución poblacional. En aquella ponencia coincidieron con el firme propósito de pasar la crisis durísima que más tarde han reproducido aquellas ideas, si bien, descentrándolas de tal manera, que lo que pudo haber sido la base de un estudio serio de política económica nacional, se desorbitó hasta entrar en el campo de la más pura y ociosa utopía.

Como ya dijimos, el nuevo Estado se ha planteado el problema en su conjunto, y así, considerando que la vivienda protegida con ser importante, no es sino una parte del volumen total de la construcción de viviendas, encomienda al Instituto de un modo concreto y categórico la misión de

sobre zonas destruidas, enjugando en parte el déficit presente de viviendas.

ANTECEDENTES PROXIMOS DEL PLAN NACIONAL

Provisionalmente ha ido facilitando el Instituto Nacional de la Vivienda la construcción de viviendas protegidas a todas las regiones de España, en cumplimiento del fin para el que fue creado y aprovechando la autorización que para este régimen provisional le concede la ley.

No habiendo síntomas de que el problema económico europeo y nacional vayan a sufrir una modificación brusca, y habiendo en cambio la posibilidad triste de que la guerra se prolongue aún varios años, ha parecido conveniente no aplazar más tiempo el presente año se ha terminado el estudio de este plan, que a modo de ensayo se acometerá en el próximo decenio.

Para tener una idea más completa sobre el problema, las valiosísimas experiencias de cerca de cuatro años de funcionamiento, hacen inestimables los datos de

de protección, e incluso de construcción, permiten actualmente y permitirán en los próximos años.

Entre los errores posibles, el más de evitar es el de previsión, pues los trastornos de la guerra civil han modificado de tal manera la distribución provincial de la población española, que la extrapolación de la curva logística demográfica por provincias, tiene que ser necesariamente afectada por datos falsos en los censos posteriores al Movimiento. En el estudio del plan nacional hacemos sobre este fenómeno consideraciones más extensas de las que a los límites reducidos de un trabajo periodístico pertenecen.

El gráfico muestra la diferente rapidez de crecimiento en las distintas provincias españolas, según datos de la Dirección General de Estadística, para el decenio 1944-1954. El promedio decenal en ese período del crecimiento español es de 9,76 %

EL PLAN

Considerando todo lo anterior se han hecho tres provisiones para el primer plan decenal del Instituto: una, calculando el número de viviendas que crecen en el aumento demográfico anual y a las que terminan su período de vida en el mismo plazo, y hallando como protegibles la cuarta parte de este número. Esto nos da unas 29.000 viviendas al año. El segundo plan, que llamamos medio, es el que parte de las posibilidades industriales, tomando como base de referencia la producción española de cemento, y suponiendo que se adscriba al plan de viviendas el 20 por 100 de dicha producción. Eso representa la posibilidad de construir 41.000 viviendas protegidas al año. La tercera cifra es la que se obtiene sumando a la primera citada, o sea a las 29.000, el porcentaje de las viviendas que actualmente faltan, correspondiente a la velocidad con que se quiere extinguir el déficit nacional. Calculado éste en unas 360.000 viviendas, para enjugarlo en un plazo decenal harían falta 36.000 al año, o sea 64.000 viviendas anuales. Este tercer plan que llamamos máximo, se supone aplazado hasta

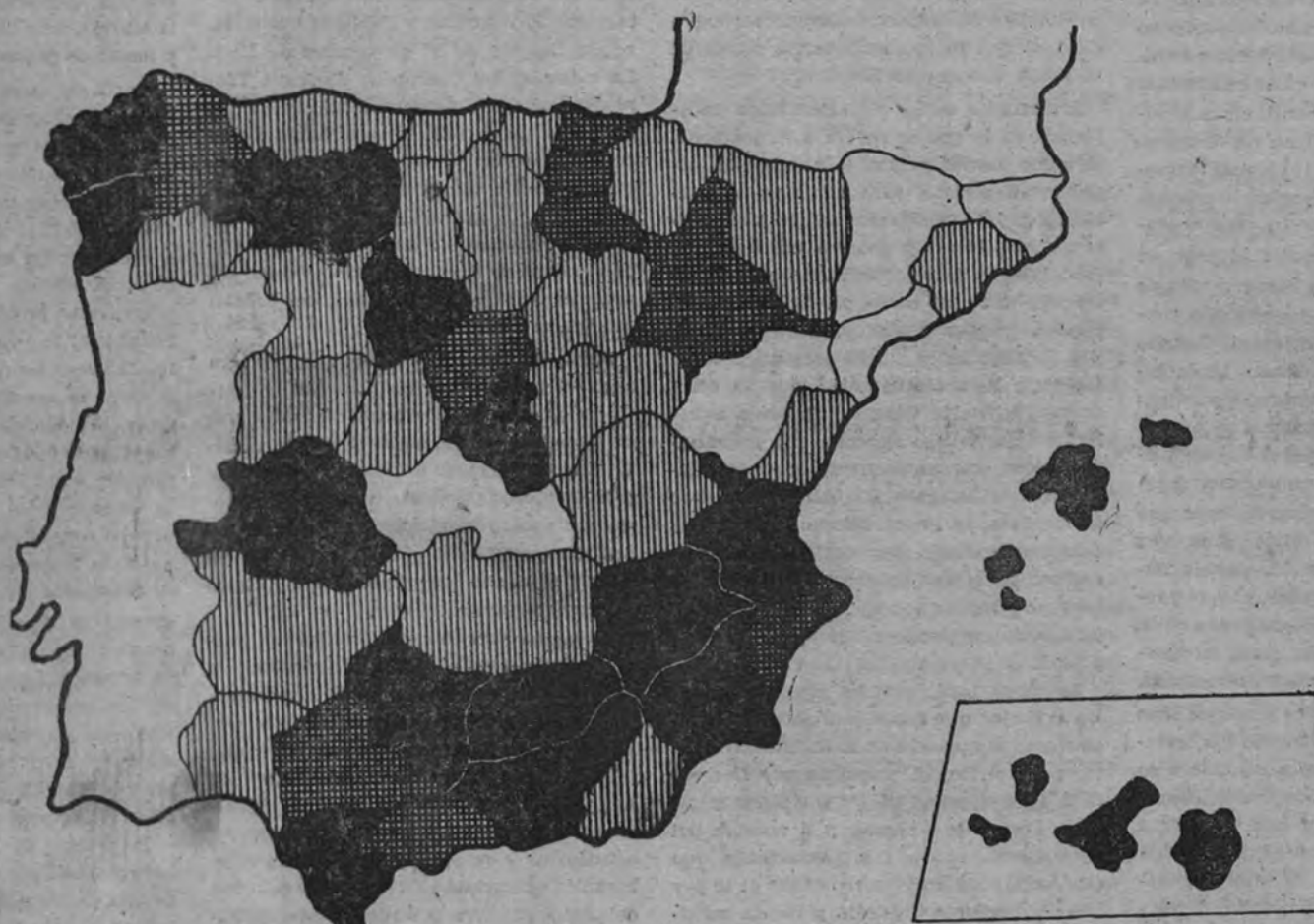
que una vigorización de nuestro sistema industrial y económico permita acometerlo con la necesaria amplitud.

El plan se ha hecho provincia a provincia; comprende en primer lugar y como punto necesario de partida, el cálculo de las viviendas protegidas por cada provincia; en segundo lugar su distribución entre urbanas y rurales, con una protección preferente al medio rural; y en tercer lugar la asignación, por provincias también, de la tarea de promover dichas viviendas a los distintos organismos que según la ley de 19 de abril de 1939 pueden ser titulares, con arreglo a una proporción, de acuerdo con sus posibilidades y con la experiencia de los últimos años.

Al mismo tiempo se intenta una verdadera campaña de abaratamiento por medio de una rigurosa tipificación y aprovechamiento de los materiales locales de construcción, repetición de plantas dentro de cada comarca para habitación de los obreros y mayor rendimiento consiguiente; abaratamiento del dinero de construir por reducción de gastos generales, reorganizando los suministros, invirtiendo el orden de concesión de los anticipos y préstamos, para suprimir los intereses de demora en lo posible y otras medidas semejantes.

Se prevé la creación de 33 almacenes provinciales y una organización técnica de proyectos, dirección e inspección de obras completísima.

Índice de crecimiento en el decenio 1944-1954, con arreglo a los datos de la Dirección General de Estadística



PROVINCIAS CON MAS DEL 11'22 %

PROVINCIAS CON MENOS DEL 11'22% Y MAS DEL 8'30 %

PROVINCIAS CON MENOS DEL 8'30% Y MAS DEL 0 %

PROVINCIAS CON SIGNO NEGATIVO



estudiar el problema de la vivienda, y, en el Reglamento, artículo 89, párrafos 2.º y 3.º, la de formular los planes generales de construcción y los comarcales de obras.

Otros organismos, con un ardor y celo disculpables por su buena intención, pero entorpecedores en grado sumo, han comprendido por su cuenta la solución parcial o el estudio al menos del problema de la vivienda. Algunos de estos trabajos son muy meritorios en sí, y no merecen sino felicitaciones sus autores; pero es indudable que el trastorno que se produce o se puede producir en la solución de conjunto del problema de la vivienda es grande, si no se subordina a un plan nacional redactado por el único organismo que ha recibido ese encargo del Caudillo en su ley fundacional y en el articulado de su Reglamento. Naturalmente no transforman el plan las entidades que, como la Dirección General de Regiones Devastadas actúan

partida del Instituto. Además de esto, y con motivo de la redacción próxima del plan, todas las Delegaciones y Subdelegaciones han concretado en cifras y explicado en Memorias concienzudas el aspecto del problema en la demarcación respectiva. La Fiscalía de la Vivienda, cuyo fiscal superior es miembro del Consejo Asesor del Instituto, y la Dirección General de Estadística, han contribuido cada una en su esfera a la aportación de los necesarios datos.

Esto no quiere decir que la información haya sido suficiente desde un punto de vista doctrinal, pero como las posibilidades de acción son limitadas, el margen de error no merece ser tenido en cuenta, por lo que la redacción del plan nacional, y así, en operarse siempre dentro de zonas de absoluta necesidad, es decir, por ser la necesidad de construcción de viviendas, protegidas o no, mayor de lo que las posibilidades



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

AÑO II

MADRID, II DE ABRIL DE 1943

NUM. 67



VIVIENDAS PROTEGIDAS

Portada de López Sánchez.

Aspecto jurídico del problema de la vivienda, por Javier Martín Artaño. Pág. 2.
Una política totalitaria de la vivienda, por Federico Mayo. Pág. 3.
Lo económico en la resolución del problema de la vivienda, por Alvaro Aparicio. Pág. 4.
La industria de la construcción, al servicio de una política de la vivienda, por Antonio Vallejo. Pág. 5.
La cartilla de ahorro para el hogar y la Caja Postal de Ahorros, por José Luis de Campos y Salcedo. Pág. 6.

Acción social del Nacional Sindicalismo y el problema de la vivienda, por Carlos Andrés Soler. Pág. 7.
Labor del Instituto Nacional de la Vivienda. Págs. 8 y 9.
Un grupo de la Obra del Hogar, por Angel Segura. Pág. 10.
La forma arquitectónica y la vivienda protegida, por Germán Álvarez de Sotomayor. Pág. 11.
Hogares. El ajuar, por Luna Rico. Pág. 12.
El mueble en el hogar, por Luis M. Feduchi. Pág. 13.
Labor de la Obra del Hogar, por A. Gómez Voigt. Págs. 14 y 15.
Hacia un plan nacional de vivienda, por José Fonseca. Pág. 16.
Ilustraciones de Feduchi, Tauler y Serny.

SUMARIO:

Aspecto jurídico del problema de la vivienda

La utilización de la vivienda viene tradicionalmente haciéndose en régimen de propiedad o de arrendamiento. El morar en casa propia es uno de los ideales instintivamente apetecidos por el hombre, que considera su hogar como una especie de cobertura de su personalidad familiar. No obstante, este ideal no está al alcance de muchas familias que, sobre todo, en las grandes aglomeraciones urbanas, tienen que residir en casa ajena, mediante el pago de una renta a su propietario. El derecho real de propiedad y el personal, que confiere un contrato de arrendamiento, han sido las fórmulas jurídicas que han regulado, hasta el momento presente, las relaciones económicas derivadas de la utilización de un local para vivienda.

Es nuestro propósito en este artículo examinar los problemas que se suscitan en la realidad social de nuestros días, en torno a la legislación jurídica de este problema de la vivienda, apuntando soluciones posibles, y ver si, además de los dos sistemas clásicos, de propiedad y arrendamiento, cabe abrir paso a otra fórmula que corresponda mejor a las nuevas necesidades creadas.

Para mayor claridad exponemos el tema bajo los siguientes epígrafes, en tanto convencionales, pero muy significativos: *Casa propia, Cuarto arrendado, Vivienda adquirida y Derecho de vivienda.*

I. CASA PROPIA.—Indudablemente que es la solución más apetecible del problema de la vivienda. No cabe duda que el deseo de estabilizar nuestra vida nos lleva a centrarla en un hogar propio, puesto al abrigo de ajenas determinaciones y posibles cambios de fortuna.

Es la casa la base física que sirve de sustentación a la vida familiar, y de aquí el deseo de aliarla de toda extraña ingerencia. Esta disponibilidad absoluta de una casa para nuestro servicio, sólo nos la puede conferir el derecho de propiedad. El sentido de plena actuación que proporciona la casa propia lo refleja bien el antiguo refrán castellano: «Mientras en mi casa estoy, rey me soy». La casa propia es la que da atributos señoriales al labriego castellano, por modesta que sea su mansión, y también la que ennoblecía al artesano de toda servil dependencia. Otros pueblos más anodinos podrán ensillar sus familias, metódicamente limitadas, en departamentos de hotel común; el español necesita un verdadero hogar para mantener el fuego sagrado de su tradición cristiana.

El acceso a la propiedad de la casa merece por parte del Estado no solamente reconocimiento y apoyo, sino directa protección. Autozmente lo proclama el Puro del Trabajo, afirmando que «El Estado asume la tarea de multiplicar y hacer asequibles a todos los españoles las formas de propiedad ligadas vitalmente a la persona humana, el hogar familiar, la herencia de la tierra y los instrumentos o bienes de trabajo para uso cotidiano.»

A esta propiedad más que a ninguna, se pueden referir los elogios aristotélicos que encomiaban lo grato que son al hombre la idea y el sentimiento de la propiedad, que le permiten ser hospitalario y generoso.

Es la casa propia el cimiento sobre el que puede asentarse una existencia humana dichosa que requiere un mínimo de bienestar, según declara el propio Aristóteles. Es el principal bien corpora, y externo cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud, según Santo Tomás.

Con razón, pues, la Ley de 19 de abril de 1939, promulgada para proteger las viviendas económicas, concede preferencia al sistema que permite a los usuarios el acceso a la propiedad. Este ideal es fácil de conseguir cuando se trata de viviendas unifamiliares, ya estén enclavadas en la campiña, ya en pueblos o bien sean de tan modestos o modestos como independientes que rodean las grandes ciudades.

Sistemas para su utilización: Casa propia, Cuarto arrendado, Vivienda adquirida y «Derecho de vivienda»

Por JAVIER MARTIN ARTAJO

Abogado.—Secretario del Consejo Asesor del I. N. V.

La fórmula de amortización en prolongados plazos es ya tan corriente que no es preciso siquiera exponerla. Su empleo es, sin embargo, muy escaso en la contratación privada, porque el capital no se resigna a una colocación a largo plazo, con módico interés. Por eso esta fórmula sólo se aplica con fondos provenientes del erario público, salidos más o menos directamente del presupuesto del Estado. Así nacieron millares de «casas baratas» impulsadas en tiempos de la Dictadura por quien recientemente se ha incorporado al Gobierno del Nuevo Estado.

Dentro del régimen actual de viviendas protegidas puede el particular llegar a obtener su propia casa a través de una entidad constructora oficial, tal como su propio Ayuntamiento o la Obra Sindical del Hogar. Gracias a este régimen han sido ya construidas millares de viviendas unifamiliares, sobre todo en el medio rural. Estas entidades constructoras obtienen del Instituto los beneficios económicos que pasan íntegros a los particulares, puesto que se reflejan en la reducción de las cuotas de amortización que éstos han de pagar durante un período que puede llegar hasta cuarenta años, al fin del cual se constituyen en dueños de las casas que venían ocupando.

La intervención de las entidades constructoras de carácter público ha eliminado todo riesgo de lucro indebito que aparecieran en beneficio propio, los beneficios derramados por el Estado. En ninguna otra legislación podrán encontrar los Ayuntamientos mayor protección que en la nuestra para cumplir esta misión de fomentar la propiedad urbana familiar. Pero como la actividad municipal, en este sentido, era insuficiente para remediar tan gran vacío, ya la Ley de 19 de abril de 1939 dio entrada a los Sindicatos entre las «Entidades constructoras», para que recogiesen en beneficio de los productores los auxilios del Estado. La Obra Sindical del Hogar de la Delegación Nacional de Sindicatos surgió para cumplir esta función, quedando constituida como la única entidad llamada a desarrollar la política social de la vivienda entre las Organizaciones del Movimiento. Por su mediación millares de productores y especialmente de labradores y campesinos, han podido poseer como propia una vivienda.

Así se irá extendiendo la propiedad, calificada como fundamental por el Fuero del Trabajo, y una numerosísima masa de familias españolas quedará arraigada al lugar de nacimiento y de trabajo, por las profundas raíces de un hogar digno y sano.

Ningún problema especial se plantea dentro de este sistema, sino el de formular con claridad los derechos y obligaciones del beneficiario, en el contrato que celebrará con la «Entidad constructora», y el de trazar las ordenanzas de uso y policía de las viviendas dentro de la finca.

II. CUARTO ARRENDADO.—Con ser el sistema ideal en el uso de la vivienda la tenencia propia, es, sin embargo, impracticable en multitud de casos.

Veremos en las causas por las que, en efecto, es preciso acudir a la utilización de una vivienda, en régimen de arrendamiento por tiempo determinado y mediante el pago de una renta fija.

Se impone en primer lugar este sistema en todos aquellos casos en que las familias no pueden establecerse en determinado lugar por depender la designación de su domicilio de su destino profesional. En



tiempo, la solución de una necesidad social.

Sin embargo, en momentos de crisis como el actual, se ha paralizado la iniciativa privada, y ha sido preciso reforzar este sistema con la protección del Estado, concediendo primas o beneficios fiscales de gran consideración a todos los constructores de viviendas que mantuviesen sus rentas al alcance de la clase media, por lo menos. Fruto de esta política fue la Ley del Puro, que evidentemente ha tenido por virtualidad la creación de viviendas que hoy casi son las únicas que se mantienen al alcance de los funcionarios y empleados, gracias a la celosa vigilancia del Ministerio de Trabajo.

El arrendamiento urbano debe, a nuestro juicio, estudiarse con el máximo cuidado, pues obediendo su contratación a móviles unitarios puede perturbarse fácilmente, aun con el propósito de su mejor reglamentación. Las épocas de crisis no hay más que vencerlas a base de aumentar el estímulo. Así lo ha hecho el Gobierno en la postguerra, prolongando los beneficios de la Ley del Puro. Podría continuarse actualmente esa política de forzar la edificación de viviendas de renta más económica, haciendo que el capital privado, que se retrae de emplearse en viviendas modestas, acudiera atraído por el aliente oficial.

Hoy puede afirmarse, en términos generales, que no se construyen casas con rentas inferiores a 200 ó 250 pesetas mensuales. El que tiene capital para invertir en la construcción lo hace en casas de lujo o en edificios comerciales de situación privilegiada. La crisis de la vivienda de alquiler se encuentra agravada por la afluencia de familias campesinas a los grandes núcleos urbanos, fenómeno natural que sigue a toda guerra, y que, afortunadamente, ha sido contrarrestado en España por la alimentación más fácil y abundante que ha ofrecido en estos tiempos pasados el medio rural. Como no es posible forzar a que nadie actúe contra su propia conveniencia, al tra-

tar de invertir sus ganancias, no hay otra solución que atraerlas con la esperanza de mayor lucro. Por eso propugnamos la concesión de beneficios fiscales y económicos en proporción inversa a la cuantía de las rentas de las viviendas. De estas formas, las casas de rentas inferiores a 100 pesetas, por ejemplo, gozarían de la total exención de todo género de contribuciones y tributos, tanto del Estado como del Municipio, y, al propio tiempo, obtendrían una bonificación de intereses en el capital necesario para cubrir su presupuesto, o el préstamo directo de entidades bancarias privadas u oficiales, en especiales condiciones. A partir de esa renta hasta las 300 pesetas mensuales, verbigracia, podrían ir disminuyendo tales beneficios; pero conservando siempre eficacia suficiente para vencer la barrera económica que hoy separa al capital de la construcción ordinaria.

La reglamentación del uso de las viviendas en alquiler es hoy objeto de variadas disposiciones que convendrían unificar para evitar la actual desorientación. El principio de permanencia de los inquilinos en los domicilios arrendados, es ya una imprescindible condición que sólo puede tener excepción en especiales circunstancias. Por eso el arrendamiento realmente se ha convertido en indefinido, perdiendo así una de las características fundamentales de su definición, dentro del derecho clásico de nuestro Código Civil. Las circunstancias actuales no permiten levantar esta condición, que a modo de censo pesa sobre la propiedad urbana, y sólo se puede pensar en reglamentarla racionalmente, distinguiendo lo que respecta a vivienda de los locales destinados a establecimientos industriales. En todo caso habrá que evitar que no quede cerrado el camino a la mejora y reforma de edificios y ciudades. No sería mal procedimiento el exigir a los Ayuntamientos que tratan de abrir nuevas vías urbanas y a las entidades o particulares que piensan en reformar antiguos edificios, que construyeran en barrios adecuados tantas viviendas, por lo menos, como las que hubieran de destruirse, dando preferencia a sus moradores para ocupar las nuevas.

A pesar de la estabilidad que merece a las leyes sociales ha logrado el inquilino, no es éste un estado ideal, por la dependencia que supone de una voluntad ajena y por la indudable oposición de intereses que entre caseros e inquilinos existen y tienen siempre que existir. Por ello es preciso buscar una fórmula de utilización de las viviendas plurifamiliares, que concediendo a cada titular de una vivienda su pleno uso y disposición, resuelva los problemas que plantea la independencia de las distintas viviendas y la utilización de los servicios comunes. Veamos si ello es posible.

Para lograr este propósito ha de retrocederse de tal forma la figura del derecho de propiedad, y desvanecerse hasta tal punto sus contornos, que difícilmente lo habrían de reconocer los tratadistas clásicos de derecho civil.

III. VIVIENDA A D Q UIRIDA.—Con ser muy atractivas, por la independencia que a sus moradores proporcionan, las casas unifamiliares, conocidas corrientemente por el nombre de hotelitos o chalets, con ventilación por los cuatro costados y un jardincillo alrededor—donde los chicos se expansionan y los mayores se hacen la ilusión de estar en plena selva virgen al sentirse acunados entre cuatro acacias y dos chopos—, no pueden prodigarse estas construcciones por requerir costosa urbanización y ser en sí mismas de un coste muy superior al que puede suponer una vivienda dentro de un bloque razonablemente planeado.

La solución arquitectónica de viviendas en bloque es en muchos casos insustituible, y cuando se plantea con todos los recursos que hoy ofrece la técnica de la construcción nada tienen que envidiar sus habitantes en cuanto a comodidad y agrado, a los poseedores de una vivienda aislada. Por el contrario, se ven libres de las complicaciones y gastos inherentes a éstas. El deseo de obtener casa propia, de que antes hablábamos, combinado con esta realidad, ha dado lugar a la implantación del sistema de venta por pisos, de tradición antigua en las regiones norteafricanas, sobre todo, en Santander y Bilbao, que ha venido extendiéndose después de la guerra a otras grandes ciudades, especialmente a Zaragoza, y que ahora está implantándose en la capital. Este sistema ha sido consagrado por la Ley de 26 de octubre de 1939, que incorpora al Código Civil la llamada «propiedad horizontal», como caso típico de propiedad privada singular, unida al condominio indivisible sobre los elementos comunes necesarios al debido aprovechamiento de cada una de sus partes, según se declara en el preámbulo de la citada disposición legal.

No hay que poner demasiadas esperanzas en este sistema. Su simplismo inicial acaba en las complicaciones jurídicas más intrincadas y en los conflictos prácticos más insolubles. En los primeros años, cuando la casa está recién construida, todo marcha sobre ruedas. Cada propietario se siente feliz dentro de su piso sin temor al casero y sin la preocupación del recibo que implacablemente se le presentaba, cuando era inquilino, el primer día de cada mes. Pero cuando comienzan los achaques de la edad—que también afectan a las casas—surgen las averías, y según sea una gotera en el tejado o una humedad en los cimientos, se alarman los que más de cerca les tocan las consecuencias, y difícilmente logran atraer la atención, y, sobre todo, el dinero, de los demás para procurar la reparación de estos daños. Naturalmente que pueden ser previstas estas contingencias en Ordenanzas o Reglamentos de obligatoria observancia para los que están sometidos a la copropiedad. Pero hasta que, un tanto tales Reglamentos pueden obligar, y, sobre todo, hasta dónde pueden prácticamente ser exigidas las obligaciones que de ellos dimanar, son cuestiones de no fácil solución.

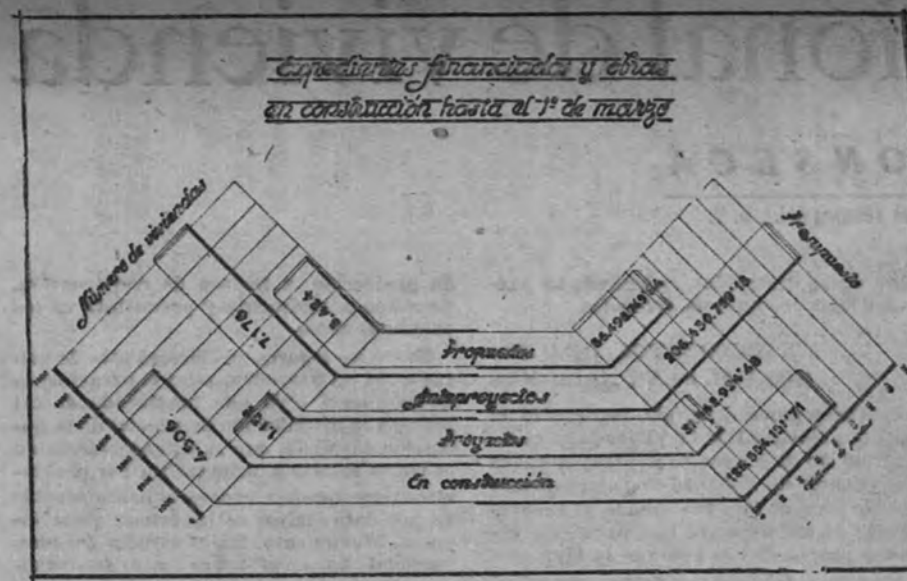
La Ley de 26 de octubre de 1939, con muy buen deseo establece las normas generales que han de regir la copropiedad de los elementos comunes del edificio, determinando que los gastos de reparación y conservación sean satisfechos a prorrata por los interesados, según el valor de su parte privativa, y que esta misma norma regirá para la adopción de los acuerdos, en régimen de mayoría.

Norma tan sencilla de dar, ofrece en la práctica infinidad de dificultades. No es tan fácil reunir una asamblea de vecinos para tomar acuerdos, en la mayor parte de las veces sobre cosas tan desagradables, como presupuestar obras y prorratear gastos de reparación. Todo ello deriva de la imposibilidad de coordinar el principio de la propiedad soberana de cada piso con las delimitaciones y modalidades impuestas en el uso de los elementos comunes y de los servicios generales, y, sobre todo, por la falta absoluta de una autoridad superior que imprima unidad a elementos dispares de igual potencia.

Para lograr este propósito ha de retrocederse de tal forma la figura del derecho de propiedad, y desvanecerse hasta tal punto sus contornos, que difícilmente lo habrían de reconocer los tratadistas clásicos de derecho civil.

IV. EL DERECHO DE VIVIENDA.—La solución de adaptar antiguas figuras jurídicas a las nuevas realidades impuestas por la vida social contemporánea, es mucho más difícil que ir claramente en busca de una nueva fórmula que modele el nuevo contenido social. Esta figura tiene que traer al campo jurídico una cualidad casi desconocida en el Derecho Romano: la solidaridad. A marchas agitadas se va abriendo paso en el derecho contemporáneo este elemento que permite condicionar el destino fuera de toda protección colectiva, el abuso de derecho y el acto de emulación.

Esas solidaridades sociales, que en su



través de la Obra del Hogar deberán dirigirse al delegado sindical de tu localidad o a la Divulgadora rural de Organización Femenina de Falange, exponiendo tus propósitos y tus condiciones, para lo cual bastará llenar el boletín que te faciliten. El delegado sindical local remitirá tu boletín juntamente con el de otros camaradas que se propongan también conseguir una vivienda, al jefe de la Obra del Hogar y de la provincial, el cual formulará la propuesta a la Jefatura Nacional de la Obra del Hogar, que dispondrá la inmediata redacción del anteproyecto si aquélla contiene las debidas condiciones. Tu deseo y tu solicitud de una vivienda no deberán ser aislados, sino que junto a la tuya se presentarán las de otros camaradas que deseen igualmente construir sus viviendas y podréis constituir un Grupo de la Obra del Hogar, con lo cual conseguiréis para todos mayores beneficios. Dentro del Grupo se formará una verdadera comunidad para atender al pago de las amortizaciones y a la conservación de las viviendas, a fin de que siempre conserven su belleza y su fortaleza. Cuando acabes de pagar tu casa, ésta será exclusivamente tuya, pero siempre te sentirás vinculado al Grupo de la Obra del Hogar y a sus componentes por lazos de camaradería y afecto al haber logrado, con el esfuerzo común, construir una vivienda que podrás transmitir a tus hijos. Una vez que el Grupo esté constituido por un número suficiente de camaradas, el jefe provincial de la Obra del Hogar elevará la correspondiente propuesta para la construcción de las viviendas necesarias, eligiéndose previamente los terrenos más apropiados. Si el propietario de los terrenos no los vende a precio razonable o se niega a hacerlo, se procederá a la expropiación de los mismos, ya que la justicia del nuevo Estado no permite que se oponga el egoísmo particular al interés general de la Nación. Si el número de viviendas para el Grupo es tan numeroso que exige una iglesia, una escuela, una Casa Sindical o cualquier otro edificio necesario para satisfacer las exigencias espirituales de los componentes del Grupo, la Obra del Hogar los incluirá en el proyecto, proporcionándoles de la misma forma que a las viviendas, recursos, pues el Instituto Nacional de la Vivienda protege en la misma manera su construcción. Si también se hace necesario un lavadero, un establecimiento de duchas y un campo de deportes, se incluirá en el proyecto, y lo podrán disfrutar en unión de los demás camaradas.

Desde su creación hasta finales del año 1941, la Obra del Hogar ha tramitado diferentes proyectos para la construcción de viviendas protegidas y que fueron, más tarde, aprobados, subastados sus obras e iniciada su construcción. En esta primera fase de su actuación, se dictaron aquellas circulares que marcan su esfera de acción, sus fines, y la manera de hacer llegar a los productores los beneficios de la Ley. Es, por tanto, un período de puesta en marcha de la máquina, y todas las instrucciones dadas tienen un carácter eminente de fundamentar los principios y constituir las bases que, luego, han de servir para un desenvolvimiento amplio y profundo de sus principios políticos, perfectamente definidos en esta primera época. El número

de expedientes tramitados, sumando los que se encontraban en los distintos grados—proyectos, anteproyectos, proyectos, subastas y obras en construcción—alcanza un total de 25 Grupos, que corresponden a 2.107 viviendas, con un presupuesto protegido total de 45.361.791,37 pesetas. En este período se logra la formación y preparación de una serie de camaradas que hacen posible contar, como mínimo, con un jefe provincial en cada una de las C. N. S. Las circulares que se dictan responden a la necesidad de sentar los principios de actuación de la Obra, siendo la mayoría expositivas, sin entrar en detalles de la tramitación de los expedientes; que fueron, más tarde, objeto de distintas órdenes de Servicio.

Importante es la reglamentación establecida en lo que se refiere a la colaboración que pueden prestar a la Obra del Hogar las Empresas, para solucionar el problema de la vivienda que afecta a sus técnicos, empleados y obreros. Existen tres modalidades de colaboración, que se diferencian entre sí, tanto por la ayuda que pueden prestar a sus productores como por la adquisición de la propiedad de la vivienda. Esta colaboración, que ha brindado y brinda la Obra del Hogar a aquellas entidades que agrupan una colectividad y que, por consiguiente, son parte interesada en la resolución del problema de la vivienda, se ha efectuado en múltiples ocasiones, siendo ya varios los Grupos que se encuentran en construcción y también muy numerosos los que se hallan en estado de proyecto, anteproyecto o propuesta.

De gran trascendencia económica, por las ventajas que reporta al futuro beneficiario, es la creación de la Cartilla de Ahorro para el Hogar, dispuesta por Decreto de 2 de septiembre de 1941. Abierta en la Caja Postal de Ahorros, y a nombre del beneficiario, recoge las aportaciones que éste haga para llegar a constituir al 10 por 100 del presupuesto de la vivienda solicitada, así como también aquellos donativos que puedan hacerse a su favor.

A lo largo del transcurso del año 1942, los principios asentados en el anterior alcanzan un mayor desarrollo y desenvolvimiento, al dictarse varias órdenes de Servicio que, puede decirse constituyen la reglamentación de la Obra desde la constitución del Grupo hasta la recepción de las viviendas. En esta misma época se regulan las distintas modalidades de la Cartilla de Ahorro para el Hogar, pudiendo abrirse también a nombre de personas jurídicas; superando así la acción de la Cartilla que, hasta entonces, tan sólo podía abrirse a nombre del solicitante de viviendas protegidas. Igualmente se dan las instrucciones para efectuar la cesión gratuita de terrenos a la Obra del Hogar por parte de las Corporaciones Municipales, Diputaciones Provinciales y Cabildos Insulares, según Decreto de 16 de octubre de 1941. La creación del Cuerpo de Asesores Técnicos alcanza su plena realidad en este período, ya que se falla el resultado del concurso-oposición y, al ser destinados se cuenta cuando menos con un camarada arquitecto y un aparejador en todas las Jefaturas Provinciales de la Obra. Camaradas que tienen a su cargo la resolución del aspecto técnico-arquitectónico del problema que nos interesa.

Contando ya con un montaje perfecto de las Jefaturas Provinciales, con la ayuda del Cuerpo de Secretarios Técnicos y el de Asesores—encargados de la tarea jurídico-administrativa y técnica—arquitectónica, respectivamente—, la Obra del Hogar ha podido desplegar ampliamente sus actividades, a lo largo del pasado año, y seguirías, con mayor profundidad y alcance, en el presente.

El número de Grupos constituidos, proyectos aprobados, obras subastadas, en construcción, entregadas y próximas a entregar es gigantesco en comparación con la labor constructora efectuada en el año 1941. Si comparamos las estadísticas de ambos períodos, salta a la vista el creciente aumento operado; prueba tangible del entusiasmo y esfuerzo aplicados a la colaboración que presta el Partido a la solución del problema. Pero la tarea no se ha encauzado solamente al medio urbano, sino que se ha tenido sumo interés en asistir al problema de la vivienda planteado en nuestro campo y en nuestro litoral. En lo que se refiere a las viviendas destinadas a los pes-

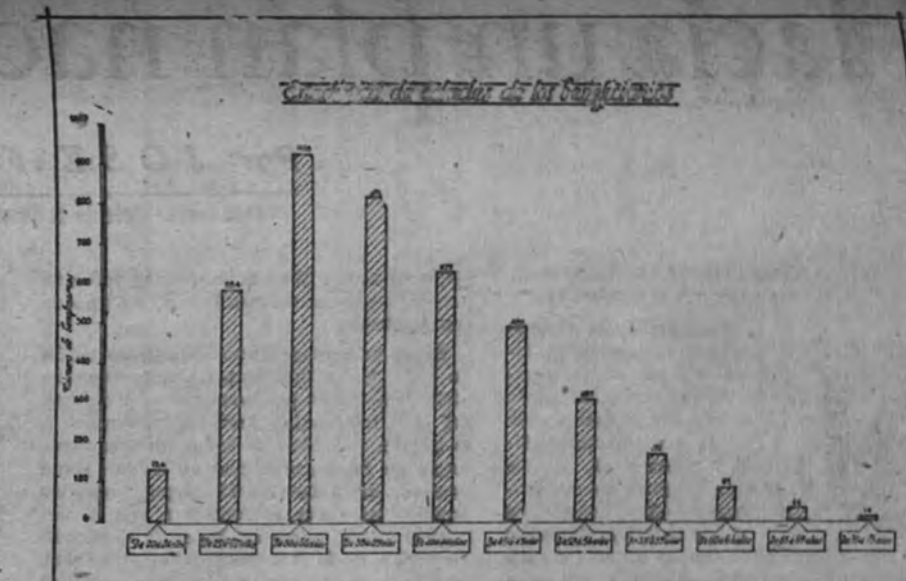
cadores, ha colaborado con la Obra del Hogar el Instituto Social de la Marina, indicando los lugares en los que es de necesidad construir viviendas para los pescadores y aportando cantidades para la constitución del 10 por 100, en aquellos casos en que por el estado económico de los marinos no ha sido posible reunir tal cantidad. En la actualidad son varios los proyectos de esta clase de viviendas que se están construyendo, tales como los de Javes, Avilés y Maliaño. En tramitación se encuentra un número mucho mayor de expedientes, que totalizan 1.091 viviendas, con una aportación del Instituto Social de la Marina, muy cercana a los tres millones y medio de pesetas.

Hasta primeros del pasado marzo, y desde su constitución, la Obra del Hogar ha tramitado los expedientes precisos para alcanzar el número de 16.238 viviendas, con un presupuesto protegido total de 449.826.585,21 pesetas. De esta cantidad, 4.506 viviendas se encuentran en período de construcción, totalizando, a título de presupuesto protegido total, la suma de 125.554.151,71 pesetas. Para financiar las 16.238 viviendas que en la actualidad tiene la Obra se cuenta con 212.973.993,55 pesetas, en calidad de préstamo, y pesetas 179.918.600,56 en anticipo, así como también 6.834.776,76 pesetas de primas a la construcción; préstamos, anticipos y primas concedidos por el Instituto Nacional de la Vivienda. La Delegación Nacional de Sindicatos ha aportado 4.916.736,63 pesetas; los beneficiarios, 3.788.288,49 en prestación personal, y 1.444.108,56 pesetas en terrenos. Las Empresas que en virtud de la circular número 146 han solicitado viviendas para sus empleados, técnicos y obreros, aportan la cantidad de pesetas 9.548.325,70 pesetas, y como donativos, 6.661.471,46 pesetas.

Toda vez que no es posible detallar la labor realizada por la Obra del Hogar en cada una de las provincias, tan sólo procede señalar el número de viviendas que tienen las más avanzadas: la provincia de Madrid tiene en grado de propuesta, 176; en anteproyecto, 595; en proyecto, 63, y en construcción, 900; totalizando, por consiguiente, la cantidad de 1.811. Son 1.206 las viviendas que en los distintos grados posee la Jefatura Provincial de Santander, y que se desglosan en la forma siguiente: 932 en anteproyecto, 5 en proyecto y 269 en construcción. A la provincia de Barcelona le corresponde la tramitación de diversos expedientes, que totalizan 1.060 viviendas; 431 en grado de propuesta; 77 en anteproyecto; 16 en proyecto, y 436 en construcción.

Las obras para la construcción de 1.195 viviendas protegidas—distribuidas en distintos Grupos, enclavados en diferentes provincias—están muy avanzadas, lo que hace posible que muy prontamente puedan recibirse y estar en disposición de entrega a sus socios constructores. El presupuesto protegido total de estas viviendas alcanza la suma de 25.503.121,32 pesetas. A pesar de los éxitos obtenidos en su tarea, la Obra del Hogar no puede considerar haya alcanzado plenamente las metas señaladas, toda vez que es escaso el tiempo de su funcionamiento. Pero los frutos tempranos aparecidos presagian una próxima cosecha, plétórica y enajada de realidades.

Agustín GOMEZ VOIGT



ro de expedientes tramitados, sumando los que se encontraban en los distintos grados—proyectos, anteproyectos, proyectos, subastas y obras en construcción—alcanza un total de 25 Grupos, que corresponden a 2.107 viviendas, con un presupuesto protegido total de 45.361.791,37 pesetas. En este período se logra la formación y preparación de una serie de camaradas que hacen posible contar, como mínimo, con un jefe provincial en cada una de las C. N. S. Las circulares que se dictan responden a la necesidad de sentar los principios de actuación de la Obra, siendo la mayoría expositivas, sin entrar en detalles de la tramitación de los expedientes; que fueron, más tarde, objeto de distintas órdenes de Servicio.

Importante es la reglamentación establecida en lo que se refiere a la colaboración que pueden prestar a la Obra del Hogar las Empresas, para solucionar el problema de la vivienda que afecta a sus técnicos, empleados y obreros. Existen tres modalidades de colaboración, que se diferencian entre sí, tanto por la ayuda que pueden prestar a sus productores como por la adquisición de la propiedad de la vivienda. Esta colaboración, que ha brindado y brinda la Obra del Hogar a aquellas entidades que agrupan una colectividad y que, por consiguiente, son parte interesada en la resolución del problema de la vivienda, se ha efectuado en múltiples ocasiones, siendo ya varios los Grupos que se encuentran en construcción y también muy numerosos los que se hallan en estado de proyecto, anteproyecto o propuesta.

De gran trascendencia económica, por las ventajas que reporta al futuro beneficiario, es la creación de la Cartilla de Ahorro para el Hogar, dispuesta por Decreto de 2 de septiembre de 1941. Abierta en la Caja Postal de Ahorros, y a nombre del beneficiario, recoge las aportaciones que éste haga para llegar a constituir al 10 por 100 del presupuesto de la vivienda solicitada, así como también aquellos donativos que puedan hacerse a su favor.

A lo largo del transcurso del año 1942, los principios asentados en el anterior alcanzan un mayor desarrollo y desenvolvimiento, al dictarse varias órdenes de Servicio que, puede decirse constituyen la reglamentación de la Obra desde la constitución del Grupo hasta la recepción de las viviendas. En esta misma época se regulan las distintas modalidades de la Cartilla de Ahorro para el Hogar, pudiendo abrirse también a nombre de personas jurídicas; superando así la acción de la Cartilla que, hasta entonces, tan sólo podía abrirse a nombre del solicitante de viviendas protegidas. Igualmente se dan las instrucciones para efectuar la cesión gratuita de terrenos a la Obra del Hogar por parte de las Corporaciones Municipales, Diputaciones Provinciales y Cabildos Insulares, según Decreto de 16 de octubre de 1941. La creación del Cuerpo de Asesores Técnicos alcanza su plena realidad en este período, ya que se falla el resultado del concurso-oposición y, al ser destinados se cuenta cuando menos con un camarada arquitecto y un aparejador en todas las Jefaturas Provinciales de la Obra. Camaradas que tienen a su cargo la resolución del aspecto técnico-arquitectónico del problema que nos interesa.

Contando ya con un montaje perfecto de las Jefaturas Provinciales, con la ayuda del Cuerpo de Secretarios Técnicos y el de Asesores—encargados de la tarea jurídico-administrativa y técnica—arquitectónica, respectivamente—, la Obra del Hogar ha podido desplegar ampliamente sus actividades, a lo largo del pasado año, y seguirías, con mayor profundidad y alcance, en el presente.

El número de Grupos constituidos, proyectos aprobados, obras subastadas, en construcción, entregadas y próximas a entregar es gigantesco en comparación con la labor constructora efectuada en el año 1941. Si comparamos las estadísticas de ambos períodos, salta a la vista el creciente aumento operado; prueba tangible del entusiasmo y esfuerzo aplicados a la colaboración que presta el Partido a la solución del problema. Pero la tarea no se ha encauzado solamente al medio urbano, sino que se ha tenido sumo interés en asistir al problema de la vivienda planteado en nuestro campo y en nuestro litoral. En lo que se refiere a las viviendas destinadas a los pes-

Agustín GOMEZ VOIGT

Labor de la Obra del Hogar

Por ARMANDO GOMEZ VOIGT

Jefe de la Sección de Organización y Propaganda de la Jefatura Nacional

LEGAR a ser dueño de la vivienda que se habita ha sido siempre en el alma del español. Y en ello no sólo se busca la inmovilidad del soporte físico de la familia, con su secuela de comodidad y permanencia en un sitio determinado, sino que también se persigue dar un mayor aflujo al hogar, una vez alcanzado el objetivo de contar con la vivienda que, al cabo de un determinado tiempo, pase a ser propiedad del interesado.

El primer paso que se dió en nuestra Patria para el logro de tal fin tuvo lugar años antes del glorioso 18 de julio de 1936. Entonces se hizo un ensayo de protección a las viviendas, al dictarse la Ley de Casas Baratas; ensayo que fué más intencionado que eficaz, ya que sus resultados no fueron los apetecidos, al bien con ello se inició la marcha hacia una posterior, valiente y decidida resolución del problema de la vivienda que, tanto en el interior como en el extranjero, posee una gran talla. Las denominadas Casas Baratas, en efecto, tan sólo hicieron su aparición en los alrededores—suburbios—de las ciudades que albergan grandes contingentes de población; reuniéndose en grupos conocidos por el nombre de colonias. Muchas veces, tales construcciones se encontraban faltas de las mínimas y exigibles condiciones higiénicas, y desprovistas de las arquitectónicas necesarias para llegar en buen estado, tanto interior como exterior, al fin del período de amortización. Si la calidad de las mismas, como acabamos de indicar, no era del todo aceptable, su número tampoco llenaba la necesidad existente de la falta de viviendas, ya que su campo de acción se polarizaba en las cercanías de las grandes urbes, olvidando por completo el aspecto rural del problema.

Tras la victoria de las armas, el Estado Nacionalindustrialista lleva a un primer plano de actualidad aquellos problemas

que tanto interesan a nuestra Patria y que no fueron anteriormente resueltos satisfactoriamente. Uno de ellos—y no el menos importante—es el ocasionado por la falta de viviendas, tanto rústicas como urbanas; toda vez que las existentes son pocas y no todas reúnen las condiciones mínimas de habitabilidad. Era preciso, ante tal problema, acometer la empresa de llevar a cabo la construcción de gran número de ellas, superando las que, con el tiempo, mostraron sus faltas. Es decir, que se enfocase el problema de la vivienda en sus dos aspectos, cualitativo y cuantitativo. Cualitativo, en el sentido de que las viviendas respondan a una buena construcción y estudiado empleo de materiales en buenas condiciones, con la finalidad de que la ayuda que presta el Estado no sea viera desmoronada por el transcurso de los años, sino que sus recias e higiénicas viviendas hablasen en el lenguaje del hierro y del ladrillo, del esfuerzo encauzado para la solución del problema. Y en cantidad suficiente para poder dar cobijo, sano y alegre, a las familias españolas, volviendo la vista al campo y dando primacía a las que se construyan en medios rurales. Resumiendo lo anteriormente señalado, brota la consecuencia de que este segundo y definitivo esfuerzo supera por completo al primero, ya que afronta el problema de una manera total, no olvida las construcciones en el medio rural y pescador, y concede la protección tan sólo para aquellas viviendas que sean construidas por las entidades constructoras determinadas, con lo que no se tuerce el camino del fin social apetecido, eliminando los intereses particulares.

El Estado Nacionalindustrialista, consciente de la imperiosa necesidad de facilitar vivienda higiénica y alegre a las clases humildes, al estimar de justicia social lograr tal cometido, promulga la Ley de 19 de abril de 1939, en la que se establece un régimen de protección en favor de aquellas entidades que construyan viviendas higiénicas, de renta reducida, entendiéndose por viviendas de renta reducida aquella cuyo alquiler mensual no sea su-

perior al importe de seis días de jornal e a la quinta parte del sueldo mensual del usuario. Ley que lleva a la realización una de los apartados del Fuero del Trabajo, y cumplidamente las consignas que sobre este particular ha dado nuestro Caudillo, Y los beneficios que para estas viviendas concede el Estado; a través del Instituto Nacional de la Vivienda, tan sólo son de aplicar a las que las entidades constructoras edifiquen, que se transforman en viviendas protegidas, al recibir la calificación de la Ley. En el artículo tercero de la mencionada Ley se considera a los Sindicatos como entidad constructora, partiendo de aquí la creación, en el seno de la Organización Sindical, de la Obra del Hogar, encomendada de hacer llegar a los productores los beneficios que se otorgan, y que son los máximos, ya que se le concede la acumulación de primas sobre los beneficios de anticipo y préstamo, para aquellos proyectos que correspondan a viviendas rurales y pescadoras. Y como tal entidad constructora, la Obra del Hogar ha venido laborando tenazmente en su cometido, tramitando todos los expedientes para la construcción de viviendas protegidas que han sido requeridas por españoles radicados en las distintas provincias e islas.

El 11 de septiembre de 1941, el excelentísimo señor ministro secretario general del Partido dicta la Orden circular número 132, en la que se ordena sea la Obra del Hogar el organismo del Movimiento encargado de colaborar eficazmente en la política social del nuevo Estado, participando en la solución del problema de la vivienda. Se disuelven aquellas Juntas, Comisiones u Organismos—provinciales o locales—constituidos para idénticas fines, quedando incorporados a la Obra del Hogar que, de tal manera, se la reconoce como única entidad constructora del Partido, ante el Instituto Nacional de la Vivienda, y a los efectos de la Ley de Viviendas Protegidas. Con ello se logra que el Movimiento tome parte activa en la solución del problema, encomendando tal tarea a la Obra del Hogar, que colabora es-

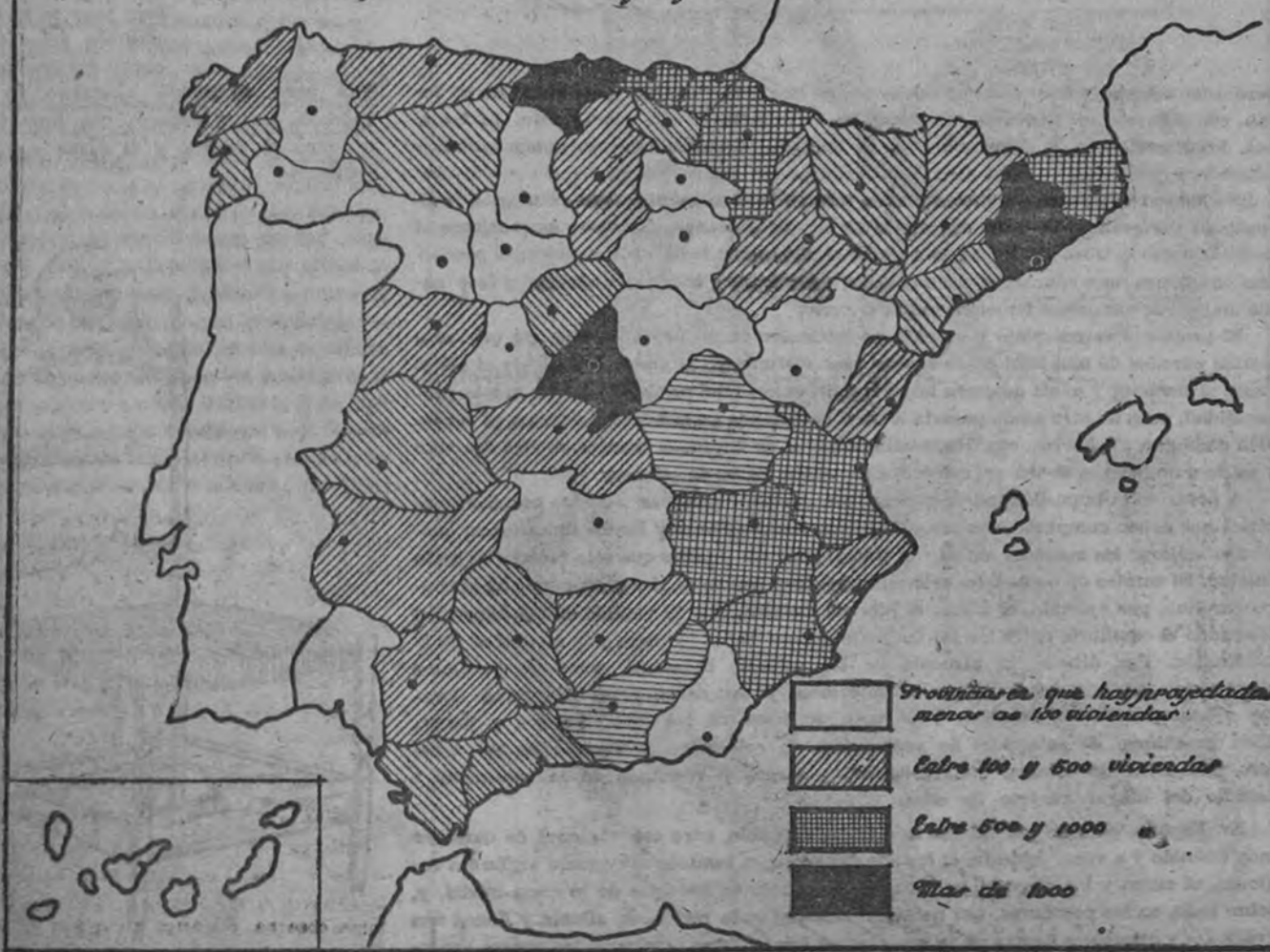


trechamente en la política social del Estado, merced a su inquietud en cuanto a la solución del problema del hogar se refiere. Y recientemente, el 5 de febrero pasado, otra Orden de Secretaría General dispone que la Obra del Hogar ejecute los diversos programas de construcciones del Partido, al mismo tiempo que ha de orientar la creación de una arquitectura nacional-sindicalista, fiel reflejo del estilo y contenido del nacionalindustrialismo.

El mecanismo que ha de seguirse para llegar a ser beneficiario de una vivienda protegida, a través de la Obra del Hogar, es sencillo; claramente está demostrado y explicado en el folleto «Construye tu casa» que, en múltiples millares, ha sido repartido por toda España. El folleto explica-tivo dice:

«Camarada: tú puedes ser propietario de una vivienda para tu familia si dispones tan sólo del 10 por 100 de su coste. Para ello es preciso: 1.º Que la construcción de la misma se ajuste a unas determinadas ordenanzas dictadas por el Instituto Nacional de la Vivienda, y pueda calificarse como «vivienda protegida». 2.º Que los beneficios que el Estado te concede sean solicitados por la Obra del Hogar. Tu vivienda estaría exenta del pago de la contribución durante veinte años, y gozaría además de una reducción equivalente al 90 por 100 del importe de la liquidación de derechos reales por transmisión de bienes. Para comenzar la construcción de viviendas necesitas disponer, tan sólo, del 10 por 100 de su coste, pues el Instituto Nacional de la Vivienda te proporcionará el 90 por 100 restante, distribuido de la siguiente forma: el 40 por 100 como anticipo sin interés reintegrable en cuarenta años; el 50 por 100 como préstamo, al 4 por 100 de interés, amortizable en veinte años. Al cabo de cuarenta años, adquirirás la propiedad de tu vivienda si has pagado durante ese tiempo las mensualidades correspondientes. Estas mensualidades son siempre inferiores al alquiler que habrías de pagar por una casa ajena de análogas condiciones, pero cuya propiedad jamás sería tuya y no tendrías nunca la seguridad de permanecer en ella, pues al propietario la necesitas para sí, tendrías que abandonarla. Si además de aportar el 10 por 100 del coste de la vivienda estás dispuesto a cooperar a la construcción con tu prestación personal, cuando esta prestación equivalga como mínimo al 6 por 100 del coste de la obra, el Instituto Nacional de la Vivienda, y siempre que seas vecino de un pueblo de menos de dos mil almas, te concede el 20 por 100 del valor total de la vivienda como premio a tu esfuerzo, o lo que es lo mismo, te concede un donativo equivalente a la quinta parte del valor de la vivienda. Además, en este caso el Instituto admite que la construcción de tu vivienda pueda realizarse por administración en lugar de adjudicarse por subasta a un contratista, con lo cual hay una economía a tu favor del 9 por 100 como mínimo del coste total, al no tener que abonar el beneficio industrial a fondo perdido. El período total de amortización es de cuarenta años, pero tú puedes, si lo deseas, acortar dicho plazo adquiriendo más rápidamente la propiedad definitiva de tu vivienda. Para tener derecho al máximo de beneficio que el Estado te concede a

Labor realizada en España por la Obra del Hogar y de la Arquitectura Nacional Sindicalista



Una política totalitaria de la vivienda



Por FEDERICO MAYO

Director General del I. N. V. y Jefe Nacional de la Obra del Hogar y de la Arquitectura N-S.



LA lectura del preámbulo de la Ley de 19 de abril de 1939, instituyendo el régimen de protección a la vivienda de renta reducida y creando el Instituto Nacional de la Vivienda, no puede por menos de producir plena satisfacción a los que nos fué confiada la misión de ponerla en práctica. El propósito que la dictó de facilitar vivienda higiénica y alegre a las clases humildes, se está cumpliendo; y el plan que trazó de concentrar los esfuerzos de las entidades públicas hacia una solución total y orgánica del problema de la vivienda, se está desarrollando con toda eficacia, aun en medio de las dificultades presentes.

La experiencia de estos años es suficiente para ver el gran acierto con que la mano creadora de este nuevo régimen de protección a la vivienda trazó su rumbo. A tres pueden reducirse los aciertos fundamentales del sistema instaurado, en contraposición con las deficiencias observadas en la precedente política social inmobiliaria: la creación de un Organismo estatal adecuado para llevar a la práctica una sistemática protección a la vivienda; la elección de las entidades públicas como entidades colaboradoras de esta gran misión social; y la orientación de todo el impulso constructor hacia la creación de nuevos hogares emplazados en las márgenes de las grandes corrientes de la riqueza nacional.

El Instituto Nacional de la Vivienda, con personalidad independiente y medios propios, ha podido dirigir y aplicar todo el impulso del Nuevo Estado en una dirección firme y racional. En



aspecto negativo impide todo uso indebido del derecho propio, pues de tener una más acabada realidad, de signo positivo, que es la cooperación. En el presente caso la interdependencia de bienes y derechos hace indispensable la cooperación de todos los interesados dentro de un régimen donde la existencia de una personalidad superior, independiente de todos los particulares, haga posible una autoridad mínima necesaria para imponer una orden.

Por eso hay que pensar en una institución de tipo cooperativo donde se coordinen el derecho más sólido y concreto de cada usuario sobre su vivienda con el régimen establecido para la conservación de los elementos comunes del edificio y la atención de los servicios generales.

Esse título ha de tener características un tanto diferentes de las que han servido para configurar hasta ahora el derecho de habitación en nuestro Código Civil. La condición típica de este derecho —como el uso— es la de su naturaleza personal, que hace que se extinga con la muerte de su titular. Por el contrario, el nuevo derecho de viviendas, que propugnamos, deberá conceder al beneficiario el uso exclusivo de su alojamiento y la participación correspondiente en la utilización de los elementos comunes y de los servicios generales del edificio, pudiendo transmitir este derecho por los procedimientos comunes, tanto inter vivos como mortis causa.

No se deniega este derecho por débil e incompleto, no reconociéndole más valor que el que pueda tener un arrendamiento o censo. Frente a la inestabilidad del arrendamiento, el derecho de vivienda proporcionará a su titular la seguridad de permanecer a perpetuidad en su casa y transmitirla a quien por herencia o contrato pueda corresponderle. Frente al censo se podrá presentar el liberamiento del canon, puesto que desde el momento en que se adquiere el título a la vivienda no habrá de satisfacerse

cantidad alguna a la entidad propietaria, por el disfrute de la vivienda. La garantía de este derecho puede radicarse no solamente en la posesión del título contractual, sino en su inscripción en el Registro de la Propiedad, que lo garantiza frente a terceros.

Esta fórmula es de evidente necesidad para todos aquellos casos de grandes edificaciones de viviendas en bloques, construidas por entidades públicas, tales como las emprendidas por la Obra del Hogar, Ayuntamientos y Diputaciones, con los beneficios del Instituto Nacional de la Vivienda. Piénsese en el destino de las 500 viviendas que la Obra construye en la Vía Meridiana de Barcelona, o en el millar de las que se están terminando de levantar en Málaga, o en los varios Grupos que ha iniciado en Madrid y en otras muchas ciudades y pueblos; recuérdese que los Ayuntamientos de Valladolid, Bilbao y El Ferrol del Caudillo están construyendo grandes barridas con más de mil viviendas, y que los Ayuntamientos de Santander, Zaragoza, Cádiz, Júcar, Huelva, Jerez, Gijón, Oviedo, etcétera, están levantando centenares de viviendas, y como éstas, otras muchas Corporaciones municipales, con capitales de provincia y sin ella, se han lanzado a resolver este problema, que estaba en punto muerto, contando con los beneficios del Estado.

En todos estos casos, las entidades constructoras no podrán entregar a cada beneficiario su casa, puesto que no se trata de edificaciones independientes; tampoco podrán vender a cada cual su cuarto, pues siendo centenares los vecinos se convertiría el bloque de viviendas en una nueva torre de Babel. Condenar a estas entidades a que lleven sobre sus hombros, por tiempo indefinido, la administración de todas esas viviendas en régimen de inquilinato, es unirse a un yugo penoso e insufrible.

No hay más solución que la propuesta de los Grupos, entidades o pacíficas otorguen los títulos de derecho a la vivienda, de que acabamos de hablar.

Las relaciones de los vecindades se regularán por el correspondiente Reglamento del Grupo, al que, en consecuencia, estará sometido el poseedor del derecho de vivienda.

Esta solución hace mucho más precisas las figuras de los derechos que sobre el inmueble se sobrepo-



Lo económico en la resolución del problema de la vivienda

Por ALVARO APARICIO

Secretario General de la Obra del Hogar.—
Consejero del I. N. V.



sume que precisa un proceso de producción en el que intervienen gran diversidad de factores, claramente se desprende que el centro de gravedad sobre el que ha de operar toda la política de la vivienda es sobre el de su construcción—producción—, es decir, sobre el aspecto económico, ya que su consecución y disfrute por parte de todos los sectores sociales, y principalmente por los de productores modestos—aspecto social—, han sido proclamados por nuestros principios políticos, los que a su vez son recogidos en las normas fundamentales del Estado Nacionalindustrialista, enseñanzas revolucionarias para las que diariamente logramos nuevos triunfos desde nuestros puestos de trabajo y de lucha.

Examinando la actividad que ha de ser desarrollada para resolver el problema de la vivienda reducida al campo de lo económico, hemos de aceptar como punto de partida para nuestras consideraciones que la vivienda, como objeto de adquisición, presupone un coste que ha de interpretarse en función del adquirente. El adquirente ha de ser en todo momento el sujeto de esta relación, y sobre él hay que operar dotándole del poder económico suficiente para adquirir el objeto de esa relación, esto es: la vivienda.

Esta acción sobre el futuro beneficiario puede llevarse a efecto por un doble camino: capacitándole económicamente y reduciendo en todo lo posible el coste de producción de la vivienda. Ambos procedimientos nos llevan a vincular la vivienda en su aspecto económico a la general realidad económica nacional, y a conjugarla íntimamente con todos los factores y elementos que en ésta intervienen. El potenciar económicamente al individuo y a la familia por medio de una revalorización de lo que produce, abaratando en todo lo posible lo que han de adquirir y favoreciendo el rendimiento del mayor número posible de individuos dependientes del cabeza de familia, es un objetivo que por escapar a la acción exclusiva de un determinado Organismo, únicamente puede conseguirse en calidad de espontáneo resultado de la armónica penetración económica nacional subordinada plenamente a nuestros principios políticos. Por lo que respecta a la reducción del precio de coste de la vivienda, el planteamiento de la cuestión queda claramente expresado y recogido en la fórmula $P = S \times p$, en la que P, precio total de la vivienda es igual a superficie por el precio unitario representado por p, el cual está integrado por los diferentes sumandos correspondientes a las partidas de materiales, mano de obra, técnica, organización de la ejecución de obras, etc. Recordando nuestra fórmula en un principio enunciada, y teniendo en cuenta que S representa la conquista social irrenunciable de la superficie mínima necesaria para que la vivienda pueda constituirse realmente en la esfera privada del hombre, fácilmente se comprobará—y esta vez ya sobre el terreno de la realidad lograda e impuesta por el Nacionalindustrialismo—, que el factor sobre el que hay que operar revolucionariamente, es sobre p pequeña, o lo que es igual, sobre la producción de materiales, para incrementar en calidad y mejorar si es posible su calidad, sobre la mano de obra, logrando una especialización que aumente su rendimiento sobre la técnica, para el estudio de nuevas soluciones, sustitutivos, etcétera; lo que en definitiva representa una adecuada ordenación de todos los elementos que intervienen en la producción de la vivienda, con vistas a la realización de la auténtica política social de la misma.

Estas dos medidas, que más bien hemos enumerado que examinado, constituyen por tanto el fundamento para

asegurar una proporcionalidad entre el capital a que asciende el coste total de una vivienda y las posibilidades de su amortización por parte del beneficiario. La consecución de esta capacidad económica mínima del beneficiario, es la que proporciona la base de una auténtica financiación de la política de la vivienda, ya que si bien, el capital es anticipado en casi su totalidad, su reintegro—asegurado por el beneficiario—no exige la inversión a la larga de sumas detraídas del presupuesto nacional que forzosamente han de contribuir a su desnivelación, independientemente de que inconvenientes de diferentes órdenes, secuela obligada de este sistema, influirían más o menos directamente en la eficacia de la política de la vivienda. La garantía en el reintegro del capital anticipado es la piedra angular de toda política que se base en el crédito, cualquiera que fuere su misión, y esta seguridad en la amortización del capital anticipado, únicamente se consigue aumentando las posibilidades económicas de la familia en la medida suficiente para atender las diferentes partidas que integran el presupuesto familiar, en el que una de las más desatendidas, no sólo como consecuencia del factor económico, sino también del educacional, es la de la vivienda.

Estas son las razones por las que la Obra del Hogar arranca su proceso de actuación en la medida que le es posible de la capacitación económica del beneficiario, favoreciendo la capitalización del 10 por 100 inicial mediante el ahorro individual, impulsado y favorecido por medio de la Cartilla de Ahorro para el Hogar, cuidando en todo momento y ocasión de llevar al ánimo del futuro beneficiario el convencimiento de que sus inversiones en la vivienda son justificadas con creces por lo que ésta significa y representa, tanto para él como para su familia, y con los innumerables beneficios de diferente índole que inmediatamente, y sobre todo a la larga ha de proporcionarle, consumando finalmente su ayuda en la efectividad de una vivienda protegida, única y exclusivamente en los casos en que el futuro beneficiario de la misma se encuentre en condiciones económicas de amortizarla. Esto explica la preferencia de la Obra del Hogar por fijar su actuación en las zonas que representando una posibilidad de explotación en cualquier aspecto, y por consiguiente, una riqueza, no existen núcleos de viviendas, y lo que determina su íntima relación con la colonización.

Ahora bien, la preferencia por este tipo de financiación no excluye otras fórmulas más complejas y socialmente menos revolucionarias, en tanto sea necesario aceptarlas como medio supletorio.

Toda participación indirecta de las fuerzas productivas de la nación no puede hacerse más que por medio de la emisión de títulos. Es admisible, en este caso, para compensar el desequilibrio entre la producción y el consumo que el alquiler representa para el adquirente de una vivienda, que el Estado abone los intereses de ese capital, destinando para este fin los excedentes de riqueza que pueda disponer en su balance presupuestario. La inversión más aconsejable de estas partidas abonables en forma de primas a fondo perdido, serían en la compensación circunstancial de alquileres, en atención a situaciones que puedan determinar una penuria económica o disminución de ingresos, como por ejemplo, zonas recién colonizadas, todavía improproductivas; menor edad de los hijos para el trabajo retribuido, etc. Esta acción del Estado, de índole exclusivamente asistencial, quedaría reducida en la medida que lo permitiera la riqueza nacional, y en el caso de que ésta no se movilizara voluntariamente para compensar el desequilibrio económico determinante de la desigualdad social, podría ser forzada a ello por el Estado de un modo regular, el que debe reservar su asistencia sin base financiera propiamente dicha para los casos en que accidentalmente circunstancias especiales—como devastaciones, etc.—, así lo requirieran.



Silla montañesa

UNO de los aspectos más interesantes y de una importancia mayor de la que a primera vista pueda parecer, como consecuencia de encontrarnos en su momento inicial y caerecer de la perspectiva necesaria, es la revalorización del mueble que necesariamente ha de operarse en el pueblo español como lógica e inmediata consecuencia de la concepción Nacionalindustrialista de la vivienda. Sabido es que ésta, merced a la incorporación de elementos espirituales en la que juega papel decisivo y primordial el ajuar, del que es elemento constitutivo esencial el mueble, queda configurada en hogar. Es en el hogar y no en la vivienda donde realmente queda centrado el mueble o, traducido en otras palabras, el mueble cobra su pleno sentido si en su valoración y estimación entra un elemento espiritual y no se deja reducido exclusivamente al papel de elemento necesario para satisfacer una necesidad ineludible. Es decir, si en definitiva se lo considera en función del hogar y no de la vivienda. Este situar el mueble vinculado a la nota eminentemente personal que representa un hogar, presupone como condición previa para que esta referencia no degenera en el posible contrasentido de querer mantener una armonía imposible entre el mueble en sí y las distintas proyecciones que en el hogar



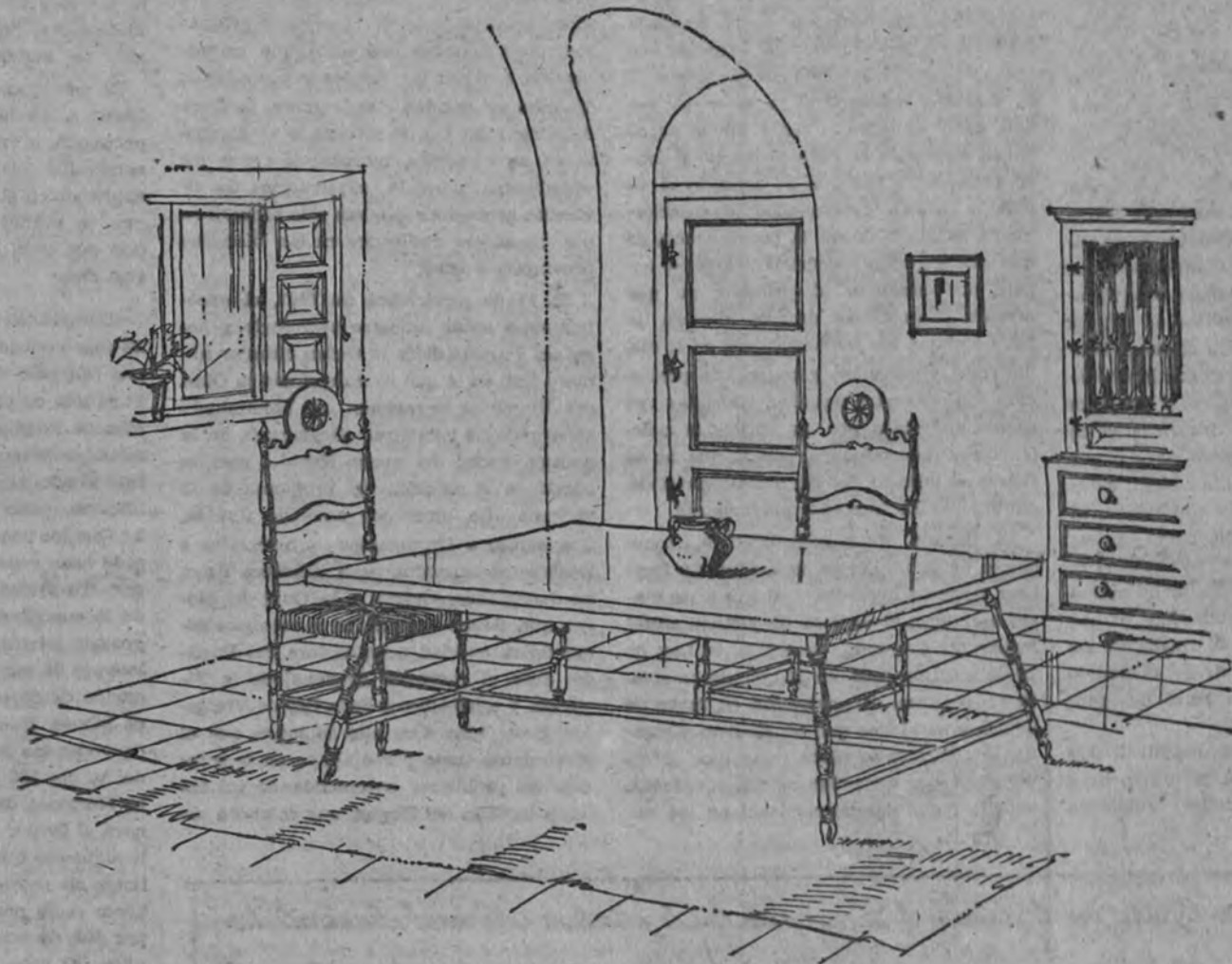
Silla pintada valenciana

El mueble en el hogar

Por LUIS M. FEDUCHI

Arquitecto.—Asesor artístico del Departamento de Ajuares

forzosamente ha de tener en orden a su utilización, gusto estético, estilo, etc., una labor educativa que sensibilice a los hoy todavía inmunes a los distintos matices que para la espiritualidad humana encierra en su conjunto como resultado de la complejidad de elementos que la integran; la habitación de un hogar por modesto que sea, siempre que en él se vea la expresión de una personalidad íntimamente justificada en superiores valores estéticos o genéricamente morales. La orientación para la creación de este ambiente y la enseñanza para percibirlo, que es lo que modernamente se viene denominando ecultura del hogar en los países del Norte, es la base y punto de partida para que la Obra del Hogar pueda llevar a cabo plenamente su misión respecto al ajuar en general, y concretamente en relación con el mueble. Desde distintos puntos de vista,



pero orientados a la finalidad que acabamos de exponer, y si bien con un sentido no total, contribuyen la Dirección General de Arquitectura con su Sección de Detalles Arquitectónicos, y principalmente la Sección Femenina, con su ayuda moral y educadora.

No basta con la nueva vivienda blanca y limpia que la familia llena de objetos heterogéneos comprados sin orden ni criterio alguno en almacenes; tampoco es suficiente el mobiliario que la Obra del Hogar va a poner al alcance de todos los españoles; es preciso una enseñanza, una educación, para colocar, seleccionar y usar estos ajuares, y esto nadie mejor que una mano femenina puede hacerlo.

El problema es complejo y no cabe su iniciación en un breve artículo, ya que cada cuatro paredes de una habitación son un caso distinto, en el que influye desde el clima hasta el carácter y oficio de quien lo va a vivir, quien debe resolverlo con su propia personalidad, pues de otro modo pasaría a ser una vivienda en serie, sin ambiente ni sensación de hogar. Cacharros, cuadros, cortinas, flores, en fin, todos cuantos objetos den vida y estilo a un interior deben ser colocados por quien los ha de utilizar.

A pesar de la imposibilidad de generalizar, pueden establecerse cuatro normas esenciales que deben cumplirse siempre. El huir de falsificaciones y bastas imitaciones, queriendo mejorar las maderas malas con tintes, pinturas y tallas que sólo realizan su mala calidad. El empleo de materiales seleccionados, aun dentro de clases económicas; el chocho carolino, por ejemplo, el abeto, el pino de Balsaña, etc. El sentido de la proporción buscando el equilibrio entre las masas y volúmenes de los muebles y la capacidad de la habitación. Por último, la armonía de los colores buscando sobre los fondos siempre claros que deben tener los interiores y las carpinterías los tonos dorados y calientes de los muebles, y la nota de color de las telas, cuadros y flores. Esta enseñanza de selección, de proporción, de colocación y tamaño de los muebles, armonías de colores, etc., es difícil y larga, y resultado de la ejecución y estudio del mayor número de ellas.

En España, país de unidad cierta e inquebrantable, pero con regiones de carácter muy definido y a veces opuesto, el mueble del hogar es también muy vario según las regiones, el clima y los materiales. Naturalmente, sólo en los tipos de la clase media, y, sobre todo, en los populares, tan característicos en cada región, de silueta y líneas tan graciosas y originales dentro de su sencillez, es donde deben inspirarse los nuevos modelos. Hasta ahora, por un falso culto a la tradición, se han reunido todos ellos en un solo es-



Modelo de Aragón y Cataluña

tilo mal entendido y peor estudiado y ejecutado el mal llamado renacimiento español. Pero un estilo constante de los modelos regionales, no sólo renacentistas, sino barrocos y neoclásicos de que están llenos nuestros pueblos, tratados con distintas maderas—chocho, pino, haya, castaño, etcétera—; barnizados unos, pintados otros, ha de darnos lugar a una enorme variedad de soluciones siempre tradicionales, pero también actuales al aplicarlos a las necesidades y al concepto actual de la vida española.

El mueble del ajuar ha de estar inspirado—interesa repetirlo—, en el mueble popular español, nunca en el mueble de lujo. Es preciso ir de abajo a arriba, ya que el inspirarse en un mueble de aquel tipo para uno modesto, por falta de materiales o medios económicos, dará siempre como resultado productos ridículos y pretensiosos.

La Obra del Hogar acomete ahora esta tarea, y su primer paso es la Exposición del Concurso convocado en 1942 para el estudio completo de la vivienda en un aspecto tan importante como el mueble y el ajuar complementario.



Silla típica mallorquina

ARA la realización de la política social de la vivienda es necesario examinar previamente a la luz de los propios principios políticos en que se inspira, la base económica en que se asientan y de la que arrancan los problemas que por ella han de ser solucionados.

Históricamente, en tanto no se concibe una auténtica acción política capaz de aceptar la vinculación de lo económico y lo social, como consecuencia de apreciar ambas realidades como totalmente independientes, e incluso contrapuestas en permanente lucha de intereses, tanto una como otra, quedan reducidas a una interpretación racionalista de meros fenómenos físicos, y su interdependencia, negando todo contenido humano y toda razón justificativa de índole espiritual, se reduce por Malthus a la fórmula matemática de que la población crece en progresión geométrica, mientras la producción indispensable para alimentarla y cubrir sus necesidades crece en progresión aritmética, aceptándose para las calamidades públicas la prosaica justificación de compensar este desequilibrio. Ante esta fórmula, hija del racionalismo de Hume, de Wallace y de Price, nosotros no negamos el desequilibrio indudable a que alude; pero frente a sus remedios, propugnamos como tales precisamente todo lo opuesto a lo que en ellos propone, es decir, en vez de limitación a la natalidad, aumento de la misma, y en vez de disminución del consumo general, aceptación integralmente en todos los órdenes y para todos de este consumo necesario, y además en calidad de inexcusable deber de justicia. Del reconocimiento de este desequilibrio entre la producción y el consumo, y más propia y revolucionariamente aún, del reconocimiento del desequilibrio entre la producción actual y lo que se debe consumir y no se consume, y de la aceptación del aumento de la población y de la elevación general del nivel de vida como principios políticos generales, claramente se desprende, que en vez de sacrificar al hombre—tanto en lo individual como en su proyección social—a la economía, hay que supeditar ésta en la medida que sea necesario al hombre y lo social, lo que representa transmutar el determinismo de la fórmula de Malthus que descarta toda esperanza de restablecer el equilibrio al consagrar las causas que lo alteran como hijas de inmutables leyes naturales, por la aceptación de la intervención de un factor humano que explica el desequilibrio por la sencilla causa—por desgracia imprevisible a cada momento—, de que el hombre tiende a consumir más de lo que produce.

Esta fórmula se diferencia de la primera, en que por aceptar una causa perturbadora subordinada plenamente al hombre, el desequilibrio puede—y ésta es nuestra conquista revolucionaria—, ser restablecido; pero como en aquélla, para ello, es preciso operar sobre cualquiera de los dos extremos, sobre la sociedad o sobre la producción. Ante esta nueva formulación, que por no descartar la posibilidad de solución enfrenta de una vez al hombre y la economía y fuerza a decidirse por uno o por otro, Malthus, por razones doctrinales—y muchos que no son Malthus, por razones positivas y muy particulares—, propugnarían operar sobre el hombre reduciendo su consumo y respetar la intangibilidad de las formas consagradas de producción, expresión y secuela de establecimientos y complejos intereses económicos. En esta disyuntiva de decisión por el hombre o por lo económico se ventila el supeditar la producción al superior interés social, como condición previa para lograr la salvación de los valores político-morales de la sociedad, lo que en definitiva representa el auténtico contenido de la Revolución.

Reduciendo estas preliminares consideraciones única y exclusivamente al campo de la vivienda, y considerando a ésta genérica y económicamente como un objeto de con-



Hogares y el ajuar

Por LUNA RICO

Jefe del Departamento de Ajuar de la Jefatura Nacional

El edificio destinado a ser habitado por el hombre —la casa— puede configurarse, según recoja únicamente la realidad material del hombre y su vida o también la espiritual, como vivienda y como hogar respectivamente. El segundo presupone a la primera, y una y otra constituyen las dos valoraciones que pueden hacerse de la casa considerada en función del hombre.

Partiendo de que la vivienda no es independiente al hombre, sino consustancial a él, y de que representa una interpretación de las necesidades biológicas del individuo, un reconocimiento y una satisfacción de las mismas, puede afirmarse que supone en su esfera privada el espacio vital de su vida material, ya que ésta reclama de la vivienda una acomodación y una adecuación al hombre, a su familia y a su trabajo. Pero la vivienda no recoge integra la concepción nacional-individualista de estos tres conceptos, siendo únicamente la base física, el soporte físico en que se asientan en cuanto a realidades materiales y naturales que para su existencia requieren una permanencia y una continuidad. Interpreta y satisface las necesidades materiales de cada uno de ellos, pero sin reflejar sus contenidos espirituales. El introducir en la vivienda el contenido espiritual de cada una de estas concepciones —hombre, familia, trabajo— representa crear superpuesto al espacio vital material de la esfera privada del individuo, el espacio psíquico en que se han de apreciar las valoraciones, se han de fijar las referencias y se han de satisfacer las exigencias espirituales de la personalidad del hombre, de su familia y de su trabajo. Representa introducir en la vivienda un espíritu, un sentido, un alma, esto es, transformarla en hogar. Este contenido material y espiritual recoge íntegra y absolutamente a la superior unidad material y espiritual del hombre. La idea de unidad, fundamental y básica en nuestra doctrina, ha configurado a la vivienda al recoger por entero al hombre, como hogar, esto es, como una superindividualidad integrada por la vinculación espiritual y mutua dependencia y afinidad moral y física de la familia, que recogiendo la esfera privada de ésta, en ella satisface el hombre sus necesidades materiales y espirituales de orden privado, y en ella se prepara y educa para cumplir las de orden colectivo. La vivienda es objetiva, responde a necesidades externas comunes a todos los hombres y a las concepciones fundamentales de éstos. El hogar es subjetivo, por cuanto también recoge el interior del individuo, cobrando una especial fisonomía según las específicas características de la personalidad de éste. El hogar es para el aspecto espiritual del individuo y sus concepciones, lo que el edificio es para las exigencias materiales de éstas. El hogar profundiza sus raíces en la zona espiritual del hombre, su familia y su trabajo, capta el sentido familiar y encarna y representa su continuidad psíquica. Este alcance subjetivo del hogar explica la individualización de cada uno de ellos, a la que se llega como consecuencia del

carácter personalista del hombre, y de recoger aquí la personalidad de éste, que da a su esfera privada de actuación —hogar— un sello, un carácter personal, familiar y profesional. Es en este sentido en el que el hogar es proyección de la completa personalidad del hombre, en función de la cual tiene que considerarse su materialización externa, el edificio. Este tiene que interpretarse como el soporte físico del eje espiritual que el hogar representa. En éste ha de desarrollarse la manifestación privada de la personalidad del hombre, su familia y su trabajo, quedando, por tanto, configurado el hogar como la esfera privada del hombre frente a la pública —Estado—, donde se realizan las manifestaciones públicas de aquéllos. El hogar representa, por tanto, un clima moral en el que permanentemente se mantiene la temperatura de las elevadas referencias del hombre considerado como portador de valores eternos, y en el que se afirma, mantiene y acrecienta la unidad física y espiritual. En él ha de encontrar el trabajo, la acogida, el respeto y el calor que se merece, por ser «expresión del espíritu creador del hombre», y, por tanto, manifestación de su personalidad, y en él ha de iniciarse y desarrollarse el vínculo moral que nace entre los que lo prestan y por el que mutuamente se obligan todos los que en él intervienen. El hogar ha de ser ambiente

privado. Para satisfacer las necesidades espirituales de ésta, el hombre acude a elaboraciones y creaciones estéticas, a través de las que pone de manifiesto el mundo de sus ideales y de sus sentimientos y pensamientos —su personalidad—, esto es, su actitud ante sí mismo y ante la vida y las concepciones a ésta fundamentales. Al contenido práctico del utensilio, el hogar le añade una valoración espiritual, al estimarlo en función del cumplimiento de los altos fines que representa, la que se pone de manifiesto haciendo susceptible a aquél de interpretaciones y elaboraciones que expresan un contenido espiritual. A este concepto de utensilio pertenecen el mueble, el traje, los elementos de diario uso doméstico y todos aquellos que suponiendo una actitud reflexiva del hombre —que los ha ideado adecuados para satisfacer una necesidad—, por él son interpretados incorporándoles valoraciones personales. A la expresión y materialización de actitudes y realidades exclusivamente espirituales, responde el sentido del ornamento —cuadro, decoración, etcétera—. A través de éste y del utensilio —es decir, del ajuar—, fundamentados psicológicamente en el núcleo afectivo esencial del individuo, trasciende y se hace consustancial a la vivienda la atmósfera espiritual del hombre, con la que ésta se convierte en hogar. Todos los objetos que integran el ajuar están referidos al hombre, pues o satisfacen sus necesidades materiales, o responden a exigencias de índole espiritual y todos manifiestan su personalidad. Presupone, por tanto, el ajuar, un contenido a expresar y una forma de expresión. El primero supone en el hombre una actitud espiritual. La forma de expresión en él supone una educación. El contenido, la actitud espiritual, es la personalidad, el «modo de ser», que en nosotros es el nacional-individualista. Llevar al pueblo español las concepciones nacional-individualistas, y educarle para que con arreglo a ellas actúe en la esfera privada —hogar— y pública —Estado— de su vida, y en éstas diariamente la exteriorice y ponga de manifiesto, es la tarea espiritual de nuestra Revolución. Participación esencialísima en este cometido le corresponde al Partido, intérprete fiel en cuanto encarnación del Movimiento, de las concepciones y actitudes espirituales de éste.

Es, por tanto, al Partido a quien le corresponde preparar al hombre para «sentir» nuestro modo de ser nacional-individualista y sus concepciones y actitudes fundamentales, y educarle para «expresar» cada una de éstas. Lo primero es tarea genérica a todas las instituciones y Organismos del Partido. Lo segundo es misión específica, circunscrita al campo de actuación de cada uno de éstos. El Organismo que ha sido encargado de la vivienda —Obra del Hogar de la Delegación Nacional de Sindicatos—, además de participar en la labor que para la resolución del aspecto material del problema realiza el Instituto Nacional de la Vivienda, ha de cuidar principalmente de preparar al hombre para que exteriorice su actitud ante la vida, el trabajo y la familia en la esfera privada de su actuación, es decir, en la casa.



LA INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCION AL SERVICIO DE UNA POLITICA DE LA VIVIENDA

Por ANTONIO VALLEJO

Arquitecto-Constructor

LA FUNCION CREA EL ORGANISMO

Como en cualquier otra actividad de la vida, también en esta de la Construcción es la función la que crea el organismo adecuado, aunque muchas veces el efecto aparente sea el contrario. La Industria de la Construcción, en su más amplio concepto, es el complicado organismo que realiza la función de construir, y obligadamente se crea o se modifica de acuerdo con lo que esa función impone, si bien su misma complejidad y materialidad exigen evoluciones lentas y, muchas veces, el que piezas viejas sigan ocasionalmente en uso, aunque no sean las que realmente convendría a la función específica del momento, por no haber creado, simultáneamente a la función, la pieza adecuada para servir.

SIN NORMALIZAR LA FUNCION, NO HABIA DE ESTABLECERSE LA INDUSTRIA

Nadie estimará como una osadía el afirmar que en España no ha existido nunca una Política de la Vivienda, y que únicamente ahora, en su renacer con el Nuevo Régimen Nacional, es cuando empieza a iniciarse esa política, cuya necesidad es hartamente sentida. Cualquiera que repase con un mediano detenimiento en la constitución de los núcleos urbanos españoles desde la aldea a la ciudad, verá obligado a afirmar aquello, pues aunque existan buenos e incluso repetidos ejemplos de viviendas que cumplan en las debidas condiciones su misión, esos ejemplos quedan perdidos ante la generalidad abrumadora de viviendas de los pueblos de España, sin las debidas condiciones residenciales tantas, y tantas, quizá más, que ni el nombre de viviendas merecían, ya que son indignas por todos conceptos para servir de cobijo a criaturas humanas en un país como el nuestro, que se dice cristiano.

Ausente hasta ese extremo de nuestra Patria toda Política de la Vivienda, es decir, sin normalización de la función constructiva de viviendas, era inevitable que la industria de su construcción esté también desnormalizada, y consecuentemente, si la Política de la Vivienda se ordena, se producirá como consecuencia y como causa necesaria, una ordenación de la Industria de la Construcción a su servicio.

LA COMPLEJIDAD DE LA INDUSTRIA

La Industria de la Construcción está integrada: por el estudio u oficina del arquitecto, por las industrias o explotaciones de obtención de materiales primarios que se emplean en la edificación, por las fábricas o talleres de transformación o preparación de productos o elementos para construcción, por las industrias auxiliares de transporte, hasta puestas en obra, de esos materiales o elementos, por el constructor o Empresas constructoras directivas de edificación y por los obreros de todos los oficios y categorías que trabajan en las propias obras. Dentro, pues, del cuadro de la Industria de la Construcción de viviendas, están enclavadas otras múltiples actividades que, ya por sí solas, pueden ser consideradas independientemente como industrias, algunas de enorme importancia; pero que al servicio de una Política de la Vivienda han de considerarse y ordenarse en las debidas condiciones, para colaborar en la función de la industria principal, como secundarias o como partes del complicado conjunto de la Industria de la Construcción.

El producto de la Industria de la Construcción de viviendas tiene dos características especiales, muy diferentes a las de otras industrias, que contribuyen a hacer

aquella más compleja: dicho producto es inmueble, es decir, ocupa permanentemente un lugar y siempre, comparado con las posibilidades económicas de quien lo usa, es un producto eminentemente caro.

Esas características obligan al hacer una Política de la Vivienda a hacer simultáneamente una política de aprovechamiento de solares y una política financiera. Véase, pues, que la función, y como consecuencia, el organismo, son complejísimo, y que ello ha de hacer mucho más necesaria una armonía entre sus piezas, que no cabe esperar sea espontánea, sino impuesta.

Esto, ya realidad, con ser mucho, lo es aún más, si se tiene en cuenta que el Estado o tiene encomendado simultáneamente al Instituto Nacional de la Vivienda (Art. 48 de su Reglamento) formular el plan general y los planes comarcales de construcción de núcleos de viviendas, si bien hay que suponer aunque especialmente no se consigne que esos planes se refirieran única y exclusivamente a Viviendas Protegidas, y sería de desear que tuviesen extensión, antes o después, a toda clase de viviendas.

Es, pues, mucho, muchísimo si se compara con lo anterior lo que como propietario de una política de construcción de viviendas ha hecho ya el Nuevo Estado; pero aun es de esperar más.

CAPITAL

Queremos referirnos ahora al capital de movimiento o industrial, que aunque muchísimo más reducido que el de promoción, tanta importancia tiene en el desenvolvimiento industrial y en sus resultados.

La industria de la edificación, en el amplio concepto en que ya la hemos definido, necesita normalmente un importante capital de movimiento: fábricas, útiles, herramientas, medios auxiliares, materiales almacenados, jornales, fianzas, obra sin certificar.

En un sensato planteamiento de esa industria se ha de contar con ese capital, incluso con los correspondientes fondos de reserva; pero no cabe duda que cuanto más limitado puedan ser esos recursos, menos gravará su interés legal el coste de la producción; el Estado debe tender, al estudiar la ordenación general de la Industria, a que sin perjuicio para ésta, aquel coste de producción se reduzca al límite.

Para ello, en lo que a capital en metálico se refiere, deben facilitarse los créditos a reducido interés, deben reducirse al mínimo los desembolsos por materiales almacenados, y deben darse todas las facilidades para el rápido cobro de las certificaciones de obra realizada, eliminando de una manera efectiva las dilaciones burocráticas, anticuadas e ineficaces en el curso de esas certificaciones de obra, que, con todas las garantías que sea preciso, pero con la máxima diligencia, deben ser abonadas directamente del Organismo que faciliten los fondos al industrial, en evitación de recargos de coste innecesarios. Plénease en el enorme volumen de las certificaciones de obra que se autorizan cada mes, y en que cada mes que se retrasa, por esos trámites innecesarios su cobro, supone un 5 % cuando menos de gravamen sobre dicho importante volumen de capital.

ARQUITECTOS

La vivienda ha de ser una obra eminentemente arquitectónica.

El proyecto de viviendas parece tema arquitectónico sin importancia, y, no obstante, el no concederle, saliendo del paso con un estudio a la ligera, ha sido repetidamente causa de fracasos irremediables.

El proyecto debe quedar estudiado en todos sus detalles, previa una información detallada de las posibilidades reales de construcción, puesto que al constructor, y al artesano, y al obrero le corresponde realizar, pero no resolver lo que de antemano debió dar resuelto el arquitecto. Un proyecto completamente estudiado supone un conocimiento de todos sus elementos y su justa valoración, evitando con ello la vergüenza profesional que ha de producir, o una baja importante en la subasta, que no sea posible aun con la mejor organización industrial, salvo modificando lo proyectado, o la declaración de concursos desiertos por la imposibilidad de concurrir sin rebasar el tipo económico del proyecto.

Con proyectos así estudiados en los que figuren pliegos de condiciones, sencillos, pero con especificaciones concretas y exigibles sin litigio, no cabrían competencias ilícitas de los industriales, ni figurarían como tales personas sin capacidad para ello.

El arquitecto, como jefe supremo en sus obras ha de ser el árbitro justo entre todos los intereses encontrados que pueda haber en ellas, y ello aumenta su responsabilidad y aconseja aún más el estudio más completo del proyecto y la máxima atención en

la dirección para mejor ejercer su función arbitral.

Como parte principal de la Industria de la Construcción de viviendas, la función del arquitecto, y como consecuencia las de sus ayudantes en la dirección, debe quedar perfectamente estudiada y definida en un Plan Nacional de Viviendas.

CONSTRUCTORES

El constructor, persona natural o jurídica, es el realizador del proyecto del arquitecto, con su dirección facultativa. A él corresponde como tal la organización de la construcción, la gestión de su aprovisionamiento de materiales y elementos elaborados, la administración de la obra, la prestación de útiles y herramientas, la dirección del personal, la responsabilidad ante el arquitecto y propietario del trabajo hecho por todos los oficios y talleres, etc.

Tiene, pues, una función bien definida y técnica dentro de la industria de la edificación, aunque por la falta de ordenación de esas actividades haya sido frecuente el que los que hayan figurado como constructores no tuviesen exacto conocimiento de su misión, y de ahí que se haya confundido al constructor con el negociante desprecioso en asuntos de construcción.

En la ordenación de un Plan Nacional de la Vivienda es imprescindible, al se pretende organizar bien la industria, fijar detalladamente la función del constructor y no permitir su ejercicio más que a aquel que tenga capacidad suficiente para cumplirla y organización adecuada para llevar a cabo las obras como se fije en el proyecto.

Debe exigirse también al constructor responsabilidad técnica y económica en el cometido de sus funciones, favoreciéndole en lo demás cuanto sea compatible con la buena realización de la obra, pues, contra lo que también es frecuente pensar, al auténtico constructor no hay que verla como un enemigo de la obra, sino como un colaborador, y de la mayor importancia en ella, que, naturalmente, pone a su servicio su organización, su crédito, sus útiles y herramientas y su trabajo y responsabilidad personal para obtener un justo beneficio.

Bien definidos los derechos y las obligaciones del constructor y con constancia de que unos y otros han de ser exactamente exigidos, automáticamente desaparecerá la perniciosa competencia de las subastas de obras oficiales tal como hoy se ven celebrando, y con ello saldrán beneficiadas las obras, y como consecuencia el Estado y los usuarios de las viviendas.

OBROS

Muchos son los obreros de muy variados oficios que intervienen en la industria de la construcción, trabajando unos en las explotaciones de material, otros en fábricas y talleres y otros en las propias obras. En general, ninguno de los oficios de la construcción propiamente dicha, es considerado como distinguido, y como consecuencia los jornales que en ellos se vienen pagando no son elevados; muchos de esos jornales son decorosos, si bien hoy, por las circunstancias conocidas resultan insuficientes; algunos, aun en circunstancias normales, son, a nuestro entender, bajos.

A nuestro juicio, coincidente con el criterio del Nuevo Estado y como correspondiente a un concepto cristiano del salario, éste no debe ser nunca inferior al necesario para cubrir las necesidades espirituales y materiales aunque modestas y ordenadas, de una familia normal. Si ello a primera vista puede parecer para alguien como causa de un desequilibrio económico, es tan justo, que la Industria de la Construcción se extienda normalizada mientras no se implante.

Simultáneamente y por análoga necesidad debe fijarse para cada oficio y para cada trabajo dentro de él el rendimiento normal que debe dar cada obrero y la capacidad y conocimientos que a cada uno, según su oficio y categoría, cabe exigir. Ello evitará el posible desequilibrio que sería de temer por el aumento de salarios. El obrero, o por mejor decir, muchos de los obreros de la Industria de la Construcción, precisamente los de las categorías inferiores, no tienen la debida formación profesional, con la que su rendimiento sería muy superior.

La Industria de la Construcción, precisamente por haber seguido métodos rudimentarios y haber sufrido la desmoralización de las épocas pasadas, es de las que más atrasadas se encuentran respecto a la especialización del personal que ocupa; pero ello no quiere decir que en una debida organización de la industria, al servicio de una Política Nacional de la Vivienda, no se pueda y no se deba conseguir ese mejoramiento de la mano de obra que produci-

rá un abaratamiento de coste en relación con la bondad de calidad, y, como consecuencia, permitirá, con escaso o sin ningún sacrificio, llegar a los salarios normales suficientes.

Definidos salarios y rendimientos normales, no sería difícil llegar a retribuciones especiales a aquellos obreros que por aptitud o celo sobrepasen la tarea normal, contribuyendo así a una mayor producción y a una elevación de nivel de vida de los obreros que fuesen capaces de ello, sin sobrecargar el coste de aquéllas.

Interesa a la Industria de la Construcción que el obrero se forme bien desde la época de aprendiz, que llegue a sentir el concepto del deber y su interés por la industria, y con ello cumplirá mucho mejor que ahora su función social.

Temas son todos los expuestos que no deben quedar fuera del Plan Nacional de la Vivienda, estudiados y resueltos por los organismos competentes.

MATERIALES

En cualquier momento, pero aun más en los presentes, de tantas limitaciones para el libre aprovisionamiento, es fundamental para la buena marcha de la Industria de la Construcción la ordenación de la producción, transporte y empleo de los materiales.

Deberá atenderse al aprovechamiento de los de la localidad o de la región que precisen para su utilización adecuada un mínimo de tratamiento.

Debe exigirse la ordenación, al servicio de la Política de la Vivienda, de las Industrias o fábricas de producción o transformación de materiales o elementos de la construcción existentes, de manera que cada una produzca lo que más interesa, acor- dando sus posibilidades con las necesidades de las obras a que haya de servir, y viceversa.

Hay que limitar y obtener el máximo rendimiento de los transportes disponibles.

Todo esto respecto a lo que ya existe; pero será necesario además, si se quiere servir bien esa Política de la Vivienda, imponer normas casi en desuso en nuestra industria, estableciendo normalización de tantos y tantos elementos como se repiten con igual función en la edificación de viviendas; estudiar series de puertas, de ventanas, de materiales de cubrición, de aparatos sanitarios, de fogones de cocina, etcétera, etcétera, tan amplias como sea preciso para atender los distintos tipos necesarios de viviendas; pero limitándolos al mejor para cada uno de éstos; será preciso estudiar los patrones de elementos primarios de la construcción que puedan procurar un máximo rendimiento, proscribiendo tantos y tantos otros por los que hoy se fabrica, sin más razón de ser que la de la rutina o la de la casualidad; no habrá más remedio en muchos casos que recurrir a materiales o procedimientos nuevos, proscribiendo la fabricación de los que por mucha costumbre que haya en usarlos resulten ineficaces o antieconómicos.

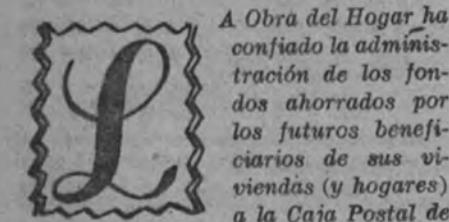
En el estudio del Plan Nacional de la vivienda será conveniente, una vez resueltos los puntos antes indicados, llegar a la determinación de los lugares más convenientes para establecer grandes almacenes de materiales o elementos así fabricados para atender las necesidades de las distintas obras, sin gravar a la industria de la edificación con la carga que supondría para cada constructor particular tener que prever a su costa esos almacenamientos, y con la ventaja de poder comprobar su adecuado y justo empleo.

Como antes dijimos, si la Política de la Vivienda se ordena, se producirá simultáneamente una ordenación de la Industria de la Construcción para ponerla a su servicio, ya que cuantos en ella formamos nos habremos de regar en el esfuerzo ni el sacrificio que fuesen necesarios para bien de España.





Facsímil de la portada de la Cartilla de Ahorro para el Hogar



A obra del Hogar ha confiado la administración de los fondos ahorrados por los futuros beneficiarios de sus viviendas (y hogares) a la Caja Postal de Ahorros. Para ello, un Comité designado por las representaciones de ambos organismos, elaboró en su día las bases conforme a las cuales se había de poner en práctica el sistema, que fueron aprobadas por orden del excelentísimo señor ministro de la Gobernación, fecha 27 de octubre de 1941. Consejero de la Caja Postal de Ahorros el que suscribe, no puede ni debe detenerse en la estimación del grado de acierto que tal decisión de transferencia de administración entraña, como no sea para destacar la delicadeza con que ha procedido la Obra del Hogar, al abstenerse espontáneamente de la custodia y administración de los fondos ahorrados por sus titulares, y la mesura y ponderación al elegir para tal cometido a la Caja de Ahorros más popular y de mayor solera en España: la Caja Postal de Ahorros. El Cuerpo de Correos, al que, para su orgullo y galardón está a su vez confiada esta institución del ahorro, responderá con su proverbial ejemplaridad al crédito de confianza que, con ello, España le ha abierto nuevamente. Y las Cartillas de Ahorro para el Hogar—nueva modalidad que queda instaurada dentro de la Caja Postal de Ahorros—refulgarán, con la misma blancura de las casitas que con ellas se edifican, en la inmensa guirnalda de cartillas de humildes que son el patrimonio y constituyen el estilo de la Caja Postal de Ahorros.

La Cartilla de Ahorro para el Hogar ha pasado, pues, a ser una cartilla más entre las de la Caja Postal. Ella las abre, las entrega y las administra; y sólo a ella corresponde la custodia y devolución de sus fondos. Y es verdaderamente subyugante e ingeniosa la fórmula con que se ha desarrollado el postulado primario que voluntariamente se impuso la Obra del Hogar al crear tales cartillas; postulado que, a nuestro modesto entender, constituye el nervio fundamental del asunto y la clave del éxito que por adelantado puede asegurarse a la Obra del Hogar, puesto que empieza por garantizar a sus beneficiarios "que sus ahorros no saldrán de su Cartilla hasta tanto no reciban su casa u hogar, y precisamente en el momento en que les sean entregados aquellos". Desde el punto de vista jurídico, tiene también el sistema adoptado matices tan nuevos, férreos y radicales, que habrán de merecer un especial comentario dentro de estas ligeras anotaciones.

Es sabido que para entregar una vivienda a las personas de condición humilde (procedimos del tema relativo a los ajustes, que también funciona en forma semejante) el Instituto Nacional, por su ley de 19 de abril de 1939, y la Obra del Hogar—que coadyuva con aquél en la realización directa de las

La Cartilla de Ahorro para el Hogar y la Caja Postal de Ahorros

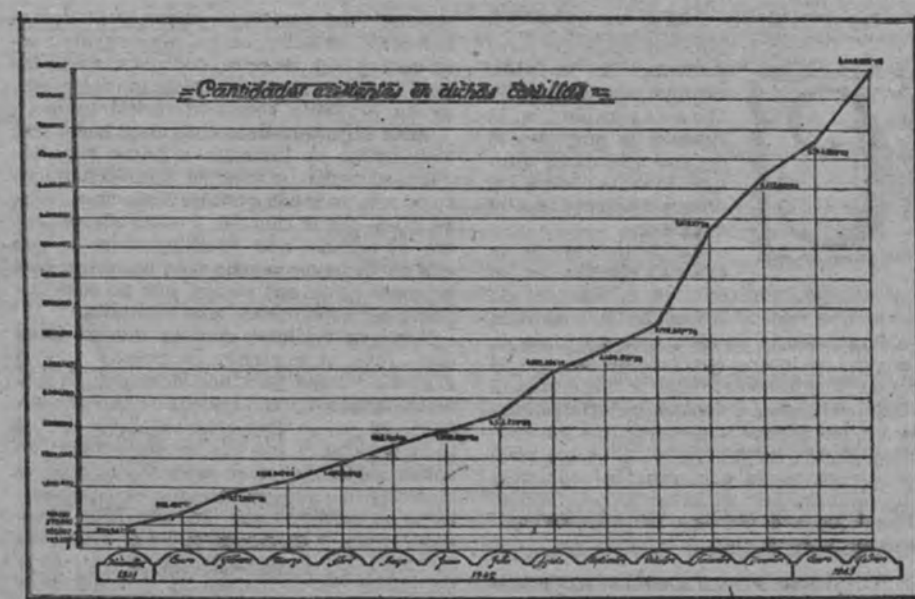
Por JOSE LUIS DE CAMPOS Y SALCEDO

Abogado del Estado en la Dirección de Correos y Consejero de la Caja Postal de Ahorros

magna obra—, sólo exigen del solicitante el previo desembolso del 10 por 100 del importe de la casa u hogar que ha de pasar a cobijarle. El resto del coste es adelantado por el Instituto, y satisfecho en definitiva por el adquirente en plazos, tan discretos y distancialmente señalados, que substituyen, aproximadamente, al alquiler mensual de que con la adquisición del inmueble, el beneficiario se libera. Pues bien; para el ahorro de aquellas primeras pesetas que tiene que proveer el adquirente para recibir el inmueble (el 10 por 100 del valor del mismo) se le abre a su nombre, en la Caja Postal, la Cartilla de Ahorro para el Hogar; y los saldos de la misma, hasta llegar a aquel tanto por ciento que determina la entrega de la vivienda, son cuidados por el Poder Público mediante el siguiente complejo de precauciones y defensas recogidas en el decreto de 2 de septiembre de 1941:

A. Garantías al beneficiario. a) El saldo de su cartilla es inembargable. El radical alcance de esta definición legal está justificado por el extraordinario interés público de la obra que se acomete. Dotar de una vivienda propia y de un hogar propio a todas las personas humildes merece bien la pena; y el Poder Público, consciente de su misión social, previamente advierte a todos los ciudadanos, que los pequeños ahorros que han de quedar convertidos en casas humildes y humildes hogares—, son sagrados y están libres de las asechanzas de cualquier acreedor, como lo estaba hasta ahora el lecho cotidiano, el mínimo jornal y los instrumentos de trabajo, por virtud de leyes de contenido semejante que modificaron años ha la sustancia y el contenido de los medios cautelares de nuestra ley procesal. Si se va a ver es algo más que una limitación del embargo y reducción de sus términos, ya que es lógico suponer que lo pretendido no es solamente salvaguardar los ahorros para el hogar de aquella cautelar diligencia, sino escluirlos definitivamente de cualquier aplicación judicial definitiva antagónica, con el fin para el que operan tales ahorros dentro de las Cartillas de Ahorro para el Hogar.

b) La cartilla queda adscrita al fin único de aplicar su importe a la adquisición de la vivienda, y conforme a la base VI de la orden ministerial de 27 de octubre de 1941, el reintegro de su saldo por transferencia a la Obra del Hogar, sólo se verifica cuando esta entidad exhiba a la Caja Postal de Ahorros el contrato o acta de entrega del inmueble y la autorización corres-



pondiente suscrita por el titular de la cartilla, junto con la cartilla misma.

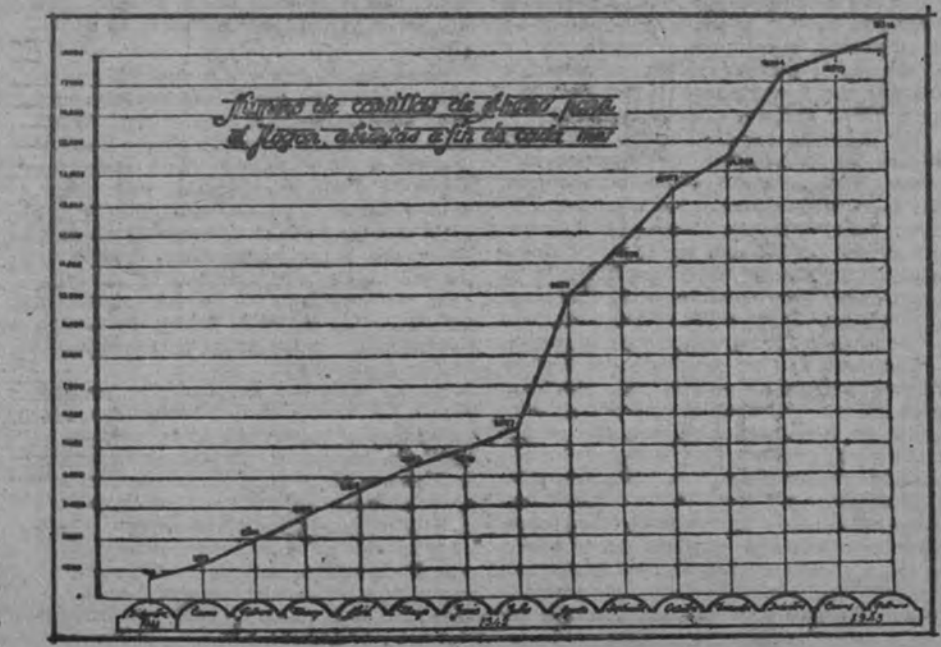
c) Por excepción, y en casos muy justificados, la Caja Postal de Ahorros accede a la retirada anticipada de las cantidades depositadas por su titular o derechohabientes, con dispensa de la aplicación al fin único para que fueron creadas, siempre que a la petición de reintegro se acompañe autorización suscrita por el Delegado Provincial Sindical, que es quien, en contacto directo con los beneficiarios pondera, con mejor conocimiento de causa, los posibles motivos que impidan terminar la operación.

B. Garantías de la Obra del Hogar. Conforme al mencionado decreto de 2 de septiembre de 1941, la Obra del Hogar que lleva a su cargo la construcción del inmueble y ha destinado al mismo el 90 por 100 de su valor obtenido por los anticipos autorizados por la ley de 19 de abril de 1939, creando el Instituto Nacional de la Vivienda, sabe y le consta que el 10 por 100 que tiene que sufragar el beneficiario y que va ahorrando poco a poco en su Cartilla de la Caja Postal, está radicalmente adscrito al cumplimiento de tal cometido, puesto que, si bien figura operando en una cartilla abierta a nombre de aquél es condición de la misma la adscripción de sus fondos al fin único de ser aplicados a la construcción de la vivienda. Y ello de tal forma, que cuando ésta se lleva a efecto, la simple presentación del acta o contrato de su entrega al beneficiario determina la transferencia a favor de la Obra del Hogar, del saldo existente en la cartilla en cuantía igual a la del 10 por 100 del precio del inmueble.

C. Garantía de la Caja Postal de Ahorros.—La custodia de los fondos que por el sistema que venimos examinando se confían a la Caja bajo la forma de Cartillas de Ahorros para el Hogar, queda sometida al régimen normal de todas las imposiciones de la Caja Postal de Ahorros, ascendentes en 31 de diciembre de 1942, a un caudal de 369.179.046,32 pesetas, contenidos aproximadamente en 1.800.000 cartillas. Todas tienen la garantía del Estado, conforme a lo dispuesto en la base X de la ley de 14 de junio de 1909, con inversión íntegra de su cartera en valores públicos, según preceptuación de la ley mencionada. Por lo demás, y en cuanto a las nuevas Cartillas de Ahorro para el Hogar que la Caja Postal ha implantado, ésta asume una tutela especial de los beneficiarios, ya que se obliga a mantener sus saldos a sus nombres y a su favor hasta el momento en que es exhibido el contrato o acta de entrega del inmueble a favor de los mismos.

Tal es someramente expuesta la primera parte del ciclo de adquisición de la vivienda. Después, y una vez que la misma ha sido entregada, la función de la Caja Postal de Ahorros termina, salvo que el beneficiario desee mantener su cartilla, bien para sufragar con cargo a ella los plazos periódicos sucesivos de adquisición de su inmueble (hasta cancelar el 90 por 100 de su precio que por el Instituto de la Vivienda y otras entidades ha sido anticipado), bien para efectuar un pago adelantado de tales graduales cancelaciones.

Forman también parte de este segundo período del ciclo de operaciones y constituyen funciones coadyuvantes al desarrollo del sistema, dos clases de aportaciones financieras de la Caja Postal que llevarán a efecto a virtud del cometido social específico de tal organismo y de las autorizaciones que para ello le han sido concedidas singularmente en el mencionado decreto de 2 de septiembre de 1941 y ley de 8 de noviembre del propio año. Y, también la función que ha asumido, de acuerdo con la Obra del Hogar, encargándose del cobro a domicilio de las cuotas periódicas de los beneficiarios, mediante la utilización de la inmensa red de agencias de la Caja Postal en toda España. Mas, realmente, el examen de este segundo tema nos llevaría a estudios que extrarasarían los reducidos límites de estas anotaciones, dirigidas principalmente a la futura clientela de la Obra del Hogar, propietarios en especulación, que, cual pueden haber observado por lo que se lleva dicho, van a tener los ahorros que a sus compras destinan, garantizados con la más fiel y férrea de las custodias.



LA FORMA ARQUITECTÓNICA Y LA VIVIENDA PROTEGIDA

Por GERMAN ALVAREZ DE SOTOMAYOR

Arquitecto.—Jefe del Departamento Técnico de la Jefatura Nacional

Es un fruto de estos años de Revolución Nacional, el alborar de una arquitectura de la vivienda de renta reducida; pues si bien, antes del Alzamiento y especialmente durante la Dictadura del general Primo de Rivera, la preocupación del Estado por el problema social de la vivienda existía ya, las realizaciones arquitectónicas que entonces se produjeron carecieron, en general, como no podía menos de suceder, de sentido, y muchas veces hasta de paternidad. Por aquel tiempo los arquitectos permanecieron al margen del problema de la vivienda, pues su actividad en este orden se reducía a atender las demandas de la iniciativa privada, y la función del profesional se orientaba casi exclusivamente a la satisfacción del cliente que, a su vez, solía moverse tan sólo por el estímulo de la renta. Lo social, por tanto, era una mera ambición de una reducidísima minoría gobernante, ya que tal intención sufría graves adulteraciones al confiarse totalmente la acción a la iniciativa privada que casi siempre adoptaba la forma de cooperativas, que no eran en el fondo otra cosa que entidades de especulación económica.

No existía entonces, repetimos, una arquitectura de la vivienda obrera, pesadora y campesina, como tampoco existía aún una doctrina para el planeamiento y resolución del problema social y del problema arquitectónico que a la vivienda se refiere.

Puede decirse, sin pecar de injustos, que para cuantos éramos alumnos de la Escuela de Arquitectura de Madrid, allá por el remoto y agrio año de 1931, las primeras noticias de que quizás existiera ya una arquitectura de la vivienda de renta reducida—«vivienda mínima» solía llamarse—, con características propias y con problemas técnicos y económicos específicos, nos llegaban por medio de revistas en idiomas extranjeros. Fué más tarde, a punto de terminar nuestros estudios y con ocasión de tomar contacto con los temas de urbanología, cuando algún profesor demostró que era posible y urgente la creación de una doctrina nacional en cuanto al problema social y arquitectónico de la vivienda en España. Oímos entonces por vez primera conceptos inteligibles respecto de problemas económicos, sociales y humanos relacionados con la arquitectura, que instintivamente descubríamos que habían de entrar de lleno, en un futuro próximo, dentro de nuestra esfera de actuación profesional.

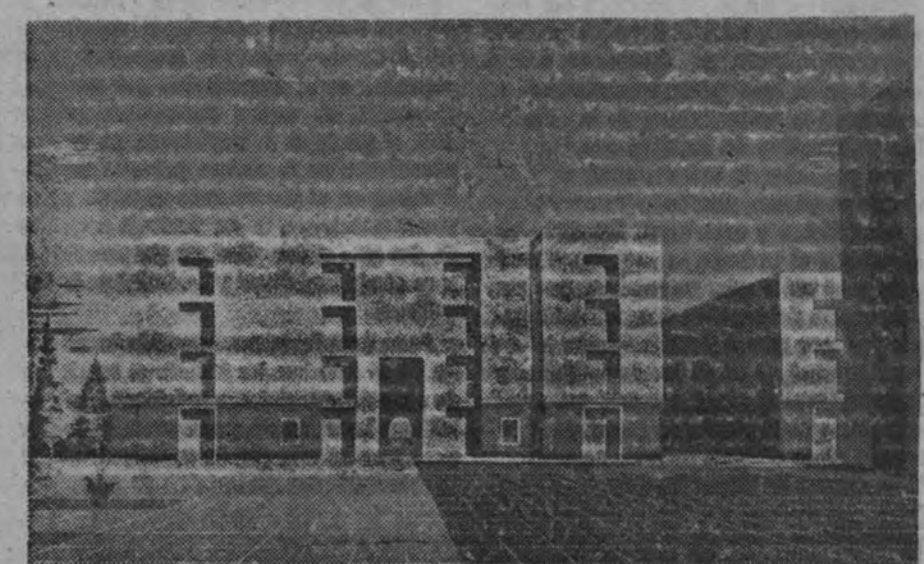
Al producirse en España el Alzamiento Nacional, y aun antes de conseguirse la Victoria de las armas de Franco, van cristalizando en realidades las ideas y sentimientos que constituyen ya como el firme subsuelo ideológico de nuestro Movimiento Nacional Sindicalista, y de un modo enérgico e impetuoso, improvisando—cuando no había tiempo para madurar y ensayar—, van elabo-

rándose planes y acometiéndose la solución de problemas que unos pocos años antes parecían inasequibles al medirlos desde nuestra vieja posición de desfallecimiento e impotencia. Y la gran tensión espiritual en que vivió toda España durante nuestra guerra de Liberación y la profunda movilización de todos nuestros recursos morales y materiales que el riesgo del trance exigió, produjo sus efectos inmediatos en la estructura del Estado, en su temperatura y en la ambiciosa voluntad de acción. En el aspecto que en esta ocasión nos interesa, es decir, la política de la vivienda y la reconstrucción material de los pueblos españoles destruidos por la guerra, en tanto den lugar a una actividad arquitectónica, hay que señalar como un hecho de singular importancia, la creación por parte del Estado y del Partido de órganos tan nuevos y tan

dos por toda España con un nuevo concepto de su misión y con una preocupación doctrinal unitaria, nos permiten afirmar que se ha dado un paso gigantesco hacia la creación de una arquitectura social, y más concretamente de una arquitectura de la vivienda, entendiéndose ésta, no como instrumento de renta, sino como soporte y base de la familia española, y, en definitiva, de la comunidad nacional.

Ahora bien, lo que de un modo más inmediato puede lograrse—si no se ha logrado ya—, es el tecnicismo de dicha rama de la arquitectura, en el sentido de disponer de un cuerpo de doctrina para la resolución del problema arquitectónico en orden a los tipos de vivienda más convenientes, los sistemas constructivos y la economía en los costes de la construcción.

Pero la arquitectura no es tan sólo



Grupo de viviendas protegidas, en Cádiz.

fecundos como el Instituto Nacional de la Vivienda, la Dirección General de Regiones Devastadas, la Dirección General de Arquitectura y la Obra del Hogar.

La creación de tales órganos prueba la irrevocable decisión del Caudillo de atajar revolucionariamente aquella laxitud e insensibilidad de las minorías rectoras de la vida nacional ante uno de los problemas más graves que se plantean a nuestro pueblo: la insuficiencia en cantidad y calidad de las viviendas modestas y la anarquía en el desarrollo de las ciudades que, de continuarse, puede llegar a producir en un futuro no muy lejano, verdaderas parálisis y atroñas en el cuerpo social de la nación. Pero ahora el paso se ha dado en firme y ya no se podrá volver atrás, pues a pesar de no haber transcurrido más que cuatro años desde el fin de nuestra guerra de Liberación, y a pesar de las dificultades inmensas que crea la situación bélica del mundo, los resultados obtenidos por los nuevos Organismos antes citados son tan interesantes, que con todo fundamento pueden abrigarse las mayores esperanzas para lo que en el futuro aún hay que lograr.

Las realizaciones arquitectónicas debidas al esfuerzo de estos pocos años tan llenos de dificultades, la movilización y la puesta en servicio de una verdadera legión de arquitectos distribuidos

técnica, pues esencialmente ha de tener un espíritu y una forma de expresión bella y armónica.

La conquista del tecnicismo más riguroso hay que darlo por descontado, pues depende tan sólo de la tenacidad y de la continuidad en el trabajo de los arquitectos que de un modo permanente se encuentran adscritos al servicio de esta rama de la arquitectura, si cuentan con la debida asistencia y colaboración de la industria privada de la construcción, sin cuyo concurso no sería fácil disponer de los materiales y de la mano de obra necesarios para conseguir buenas edificaciones de bajo coste.

El hallazgo de la forma arquitectónica y de la expresión justa, constituye una cuestión más grave, pues no depende tanto de la inteligencia y del esfuerzo como del espíritu. Se trata ya del estilo. Es decir, de nuestro modo de ser. En este punto, nuestro sentido de la responsabilidad nos crea un conflicto íntimo que en algunos casos llega a adquirir cierto dramatismo al percibir en nosotros mismos un fondo de duda y una vacilación. Tratamos de alejarnos de un caos de formas arquitectónicas, cuyo origen estaba en el caos de tendencias políticas, morales y filosóficas, que ha caracterizado, por lo menos, al último medio siglo transcurrido, pero tememos caer en una falsa postura intelectual y estética al pretender inventar un nuevo estilo arquitectónico,

Recientemente nuestro compañero de profesión y camarada Luis Felipe Vivanco, desde las columnas de la revista «Escorial», trató con profundidad de visión y con gran rigor en la forma de este apasionante tema de la nueva arquitectura española y del estilo. Al final de su artículo insinuaba la conveniencia de que los jóvenes arquitectos adoptasen una actitud de ambición hacia un nuevo estilo. Nada hay que oponer a esto, tan justamente enunciado, pero si conviene añadir una aclaración: La ambición y el deseo vehemente de encontrar un estilo arquitectónico es lícito, en tanto significa lograr un definitivo modo de ser y un definitivo estar, o lo que es lo mismo, un orden de ideas y de sentimientos estables y una armonía entre el hombre y sus propias creaciones, que son como una segunda naturaleza que les rodea. Pero buscar un estilo, nada menos que un estilo arquitectónico, trabajosa y precipitadamente, sin conseguir previamente la plenitud de nuestro ser y de nuestro estar, es algo peor y más peligroso que perder el tiempo, pues se perderían nuestros mejores esfuerzos y nuestras más claras inteligencias en servir un «ismo» más, cuya fugacidad sería tal que, por pocos años que viviéramos, aun tendríamos tiempo de sonrojarnos por haber caído en él.

Bien está, pues, la ambición de un nuevo estilo; pero mejor aún—por ser camino más seguro—el procurar, cada vez que hayamos de enfrentarnos con un problema de forma y de expresión, ser fuertes, honrados y sinceros con nosotros mismos, para concebir y crear según nuestro propio impulso, huyendo de hacer concesiones a lo que íntimamente nos repugna, afrontando valerosamente—pues hasta valor se necesita—las incomprendiones y hasta las censuras de los que buscan el halago de sus propias pseudo-concepciones fofas y manías. Y, al mismo tiempo, huyendo también del prurito de dogmatizar construyendo, para justificarnos, complicados tinglados filosóficos y literarios, para aturdir e impresionar a espíritus confusos y mentes débiles. No enigamos, ni permitamos que la arquitectura caiga en manos de los teorizantes y de los ensayistas. Recuérdese a qué aberraciones inexplicables se llegó en Pintura, al terminar la primera guerra mundial, por haberse dejado convencer los pintores de que al pintar debían de hacerlo al dictado de los mercados internacionales de la Pintura y de los críticos y ensayistas tan cerebrales como frívolos y paradójicos.

Hagamos, pues, arquitectura, según nuestra propia conciencia; pero hablemos de ella solamente de tarde en tarde, y, sobre todo, no tratemos de explicarla, ni mucho menos, de imponerla. Se impondrá por sí misma cuando lo merezca, cuando hayan surgido las obras que, aún sin proponérselo, creen escuela y fijen y limiten con nuevas normas y cánones la actual libertad caprichosa e indisciplinada de cada punto de vista individual.

LA FORMA ARQUITECTÓNICA Un Grupo de la Obra del Hogar

Por ANGEL SEGURA

Abogado.-Secretario Técnico de la Jefatura Provincial
de la Obra del Hogar de Madrid

El médico dió la noticia en el pueblo; en el periódico se decía que era muy fácil construir un grupo de viviendas de las llamadas protegidas, por lo cual en casa del mismo médico, en la pequeña tertulia familiar, que coincidía con la hora del café, las cuatro o cinco asistentes, que eran las personas más importantes del pueblo, comentaron aquella tarde la conveniencia de comenzar las gestiones para la construcción de un grupo de casas.

El párroco, prometió ayudar a la empresa de la que se podían esperar tantos beneficios morales y aun materiales; el alcalde y jefe de F. E. T., un honrado y humilde labriego, dijo que la Falange pondría todo su esfuerzo para que esta obra de justicia social se llevara a buen fin; otros hablaron del hacendamiento en que se vivía como consecuencia de las destrucciones originadas por la guerra; otros, en fin, de que era esta una obra en la que personalmente el Caudillo había puesto grandes esperanzas, y por la cual muchas familias españolas recibirían en propiedad, mediante el debido esfuerzo, una casa llena de sol y de alegría.

Así, pues, las efervescencias vivas del lugar estaban de acuerdo en la labor; mas faltaba contagiar ese entusiasmo a los campesinos, que eran quienes ocuparían las viviendas.

Se comenzaron las gestiones. A todos les parecía buena la idea, mas comenzaron a surgir preguntas que no se contestaban suficientemente en el pueblo que leyerá el médico.

—¿Cómo son las casas? ¿Cuánto pueden costar? Al herrero, que quiere vivienda, ¿se le puede construir también el edificio para la fragua?

Y tantas otras dudas que era preciso solventar previamente para que aquellas humildes familias se decidieran a una cosa tan importante en su vida, como era el comprar una vivienda.

Se pensó que lo más conveniente era que se trasladase a Madrid una comisión de vecinos, y que en la Obra del Hogar, de la que tenían referencia por el delegado sindical, se informaran ampliamente de las características y ventajas que tienen las viviendas protegidas.

En la oficina provincial de la Obra del Hogar, el alcalde, el delegado sindical, un muchachito de mucho entusiasmo—y otros vecinos, me van haciendo preguntas que yo voy contestando con gran satisfacción.

ción para ellas, que cada vez se van conociendo más de los importantes beneficios que concede el Estado con la construcción de estas viviendas.

—¿...? —Sí, a cada cual se le construye la vivienda de acuerdo con sus necesidades familiares y profesionales; al labrador, con pajar y granero y amplios corrales en las que van situadas las cuadras, cochiqueras, etcétera; al herrero le haremos un pequeño edificio para la fragua; a los jornaleros, unas casas soleadas, con un pequeño corral en el que construiremos una cuadra para un borriquito, que suelen casi

no disponer, de momento, del 10% del importe de su vivienda—termina de decir el buen viejo con un dejo de amargura.

Aclaro la duda: —Este 10%, no tiene que entregarse a la Obra del Hogar hasta el momento en que las viviendas estén terminadas de construir; mientras tanto, basta con que abráis en la Caja Postal una Cartilla de Ahorro para el Hogar, en la que vayan ahorrando, los más humildes, el 10%, pues los que están en mejor fortuna deben ingresar dicha cantidad en el momento de suscribir la solicitud individual. Estas Car-

tilas de los arrieros que vienen hacia Madrid con sus carros repletos de frutas y verduras.

El pueblecillo se ve en una loma; es como tantos otros castellanos, de casitas bajas con techos levemente rojos, casi pardos, con una iglesia que eleva al cielo su torre y que parece cobijar las casas que se extienden a sus pies.

Ya en el pueblo, después de un cariñoso recibimiento, nos dirigimos a las eras, que, según la opinión de todos, son el sitio deseado para emplazar las viviendas. En ellas el arquitecto comprueba que están bien orientadas, en buena situación respecto al pueblo y bien de saneamiento, por lo cual levanta un croquis de los terrenos, entre la admiración de los gentes que discuten por tener la cinta métrica que utiliza para la medición.

Mientras tanto, se han congregado los posibles solicitantes de las viviendas protegidas en la Casa de la Falange, en la que los explicamos amigablemente las características constructivas y de amortización de las viviendas, aclarándoles las dudas que se les presentan.

En aquel mismo momento y con gran entusiasmo de todos se cubren las solicitudes individuales que les facilitó y en las que cada uno pide el tipo de vivienda que más se adapta a sus necesidades, tarea que nos lleva algún rato en que el arquitecto ha de hacerse idea de la construcción que cada uno necesita, cosa un poco difícil, aunque no imposible, pues los buenos campesinos tienen una idea muy rara de determinadas características de la construcción.

Se llenan las solicitudes individuales, quedando como prometidos los vecinos en abrir rápidamente las Cartillas de Ahorro para el Hogar.

Ya de noche dejamos el lugar ante la despedida cariñosa de estos hombres del campo, que con la ayuda de su trabajo honrado, de los beneficios de la Obra del Hogar y de los generosos del Instituto Nacional de la Vivienda, se van a construir la casa que tanto

han añorado y que les parece una bendición del cielo.

Los arquitectos de la Obra han redactado el anteproyecto, y más tarde el proyecto, que fueron aprobados rápidamente por el Instituto Nacional de la Vivienda, y después de ya entrado el otoño han comenzado las obras, en las que cada futuro beneficiario se ha superado realizando la prestación personal ofrecida, y hoy ya se levantan al cielo los muros de las nuevas viviendas, a los que el trabajo va incorporando aquellos elementos con los que se terminará su construcción para allá cuando comience la sementera.

han añorado y que les parece una bendición del cielo.

Uno de ellos dice que sería interesante ver un tipo de vivienda de los que estamos construyendo en la provincia, y al efecto les enseñó las maquetas, planos y perspectivas de viviendas rurales de la provincia; indicándoles el precio aproximado de las mismas, pues, naturalmente, varía algo, según la localidad en que se construyan. Ven los modelos de viviendas de una y dos plantas, con amplios corrales tras las mismas, a los que se entra por una puerta situada a la derecha de las casas, y dentro de las cuales se ven las cuadras, graneros, cochiqueras, etc.; en otro plano ven una sección de las casas en la que se sitúan los muebles a escala proporcionada, cosa que les alegra grandemente.

Ultimo los detalles; próximamente visitará el pueblo acompañado del arquitecto que ha de elegir los terrenos, y el cual redactará el proyecto, cuya visita aprovecharé para cambiar impresiones directas con los vecinos que han de solicitar las viviendas.

En la tarde de verano salpicada de rastros, trigos maduros y parvas repletas, en un egasógeno, por una modesta carretera marchamos hacia el pueblecillo, sin más encuentro durante el camino que

La Cartilla de Ahorro para el Hogar ACCION SOCIAL DEL NACIONALINDICALISMO Y EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

Por CARLOS ANDRES SOLER

Abogado.-Asesor general de la Obra del Hogar



N relación con la vivienda puede apreciarse que existe simplemente un problema, o, por el contrario, que hay una misión que cumplir acerca de ella.

La vivienda ha hecho acto de presencia como tema social únicamente cuando dificultades de su aspecto material—como escasez, carestía del alquiler de las existentes, etc.—ha impedido el normal y estable alojamiento de la población. Se ha apreciado, por tanto, la vivienda, en lo social porque en este campo ha provocado un trastorno, pero no porque se la considerara inadecuada o insuficiente para en él constituirse con carácter de permanencia y continuidad en la referencia material y espiritual de la unidad familiar.

No es de extrañar que valorada la vivienda como algo exclusivamente material, como consecuencia de serlo el liberal criterio que desvirtuó las esencias de la institución familiar a la que fundamentalmente ha de recoger, no se reconocieran más problemas que los que su inexistencia o escasez pudiera plantear, con lo que el alcance social de la vivienda quedó reducido a un circunstancial problema de número que en modo alguno justificaba una amplia política respecto a ella, por ser solucionable con un incremento de la edificación, para conseguir el cual se dictó la legislación de Casas Baratas.

El origen de las primeras disposiciones españolas sobre la materia lo constituyen los estudios realizados en 1903 por el Instituto de Reformas Sociales, sobre los que en 1910 el Ministerio de la Gobernación redacta un proyecto que dictaminado favorablemente por una Comisión informadora, en mayo de 1911, se constituye en la primera Ley de Casas Baratas, de 12 de junio de 1911, al ser definitivamente aprobado en dicha fecha, a partir de la cual se suceden una numerosísima serie de disposiciones, de las cuales, las vigentes con anterioridad al Alzamiento Nacional eran el Real Decreto-Ley de 10 de octubre de 1924 y el Reglamento provisional para la aplicación de la Ley de Casas Baratas de 1922.

La circunstancia de que para llevar a la práctica la intensificación de la construcción forzosamente había de intervenir un elemento económico y otro técnico, y tanto uno como otro—economía y técnica—eran en realidad instrumentos autónomos por completo desvinculados cuando no en oposición a las finalidades sociales, motivó que toda la buena fe con que se intentaba arbitrar soluciones por medio de esta legislación, resultase completamente ineficaz. En efecto, la mayor parte de las casas que se edificaron al amparo de esta legislación, lo fueron por Empresas que se constituyeron en Sociedades constructoras con el ánimo predispuesto a reali-

zar un negocio excesivamente provechoso, y sin contar con una preparación y organización adecuadas y sin sujeción a un plan de construcciones y emplazamientos previamente establecidos.

Y así se explica que de las casas que fueron proyectadas, las pocas que se construyeron constituyen en su mayor parte barriadas que junto a la relativa utilidad práctica por estar situadas lejos de los centros de trabajo y vías de comunicación, acusan una técnica poco esforzada y la rapacidad de la Empresa constructora, con lo que claramente se pone de manifiesto que la inutilidad de toda esta legislación fué tan completa como la ineficacia proselitista de su denominación de Casas Baratas.

La acción social del Nacionalindicalismo—exponente de nuestros principios políticos y vehículo de la Revolución—, para superar esta valoración tan parcial de la vivienda y sus problemas, ha precisado estimar a una y otros, dándoles un alcance que ha impuesto una interpretación no exclusivamente material de los mismos, que justifica, por sus referencias a principios de orden superior, una política destinada a proyectar esos principios sobre los múltiples aspectos de la vivienda, lo que por una parte presupone su concepción con sujeción a los fundamentos sociales de nuestra doctrina, y por otra ha determinado la creación de los organismos adecuados para establecer y ejecutar la política que respecto a ella como con-

secuencia de esta concepción ha de ser desarrollada. En la interpretación y en la política de la vivienda, desde sus distintas posiciones intervienen Partido y Estado con una misma superior finalidad en la que convergen la acción que el primero desarrolla a través de la Obra del Hogar de la Delegación Nacional de Sindicatos y la que el segundo desenvuelve por medio del Instituto Nacional de la Vivienda.

La Obra del Hogar, con sujeción a los principios generales establecidos por el Estado en la Legislación dictada para aplicar el régimen protegido establecido por la Ley de 19 de abril de 1939, ha determinado previamente el alcance y contenido del concepto de vivienda como objeto de su acción social. Esta concepción nos lleva a configurar la vivienda en hogar, ya que por una parte el Nacionalindicalismo concibe al hombre con contenido moral, espiritual, y no sólo como una realidad material, y la vivienda, por otra, en cuanto esfera privada del individuo y centro de la familia ha de recoger, por tanto, no sólo la parte material de uno y otra, sino también el contenido espiritual de ambos, superior unidad que al abarcar por entero al hombre, constituye en definitiva el hogar.

Toda auténtica y eficaz acción social exige la subordinación de la técnica y de lo económico a los valores políticomorales que encarna y representa la sociedad.

La técnica ha permanecido en tiempos anteriores generalmente vinculada a empresas de justificación meramente económica, adoptando una actitud indiferente o pasiva en relación con lo social, y no teniendo más mézas que las de mando o dominio económico. Esta técnica deshumanizada, que sólo tangencialmente roza el problema social cualquiera que sea su manifestación, no la acepta el Nacionalindicalismo. La técnica por sí misma, sin una justificación política para sus creaciones, sin un sentido humano, es pura mecánica, es algo frío, sin vida ni razón de ser. La técnica ha de estar subordinada a la política. Esta es la que ha de estudiar y valorar los elementos que intervienen en un problema o lo crean, aplicando a esta interpretación sus concepciones y referencias, para luego, una vez estimado el problema con un alma, entregárselo políticamente enfocado a la técnica, para que dé soluciones concretas adecuadas a una referencia social.

De acuerdo con este principio, la Obra del Hogar ha visto desde el primer momento la precisión de que todo el aspecto técnico de la arquitectónica en el problema de la vivienda fuera estudiado y resuelto con una clara conciencia de la forma con que la vivienda y sus problemas son por ella concebidos, esto es, se sintió la imperiosa necesidad de rescatar la parte técnica de la vivienda a una fría interpretación formulada con completa independencia del sentido y criterio político que ha de presidir toda la labor de la Obra del Hogar.

Esta es la razón por la que se ha ido a agrupar una minoría técnica en el Cuerpo de Asesores Técnicos que, identificada con la concepción nacionalindicalista de la vivienda y con la interpretación que la Obra hace de sus problemas, sepa subordinar su actividad técnica a los criterios políticos.

Lo económico, como factor social, ha sido interpretado con plena subordinación a los intereses colectivos, aceptándose como el campo donde ha de operarse una acción más directa y resolutiva. Las posibilidades de actuación de la Obra del Hogar en este orden, se desarrollan por medio de la Cartilla de Ahorro para el Hogar, y los Grupos de la Obra que respectivamente valoran, favorecen y recogen el esfuerzo individual y el cooperativo, centrando esto último en lo social y no en lo económico.

De lo expuesto se desprende que la Obra del Hogar ante la vivienda como campo de actividad social ha comenzado por su interpretación a la luz de los principios de nuestra doctrina, hasta configurarla como hogar, arbitrando seguidamente los medios necesarios para imponer socialmente estas concepciones, lo que representa, por operar sobre una de las propiedades vitalmente vinculadas a la personalidad humana, el triunfo social de los principios de la institución familiar en cuanto al fin, y la subordinación de la técnica y la economía a la política, respecto a los medios.



LABOR DEL INSTITUTO NACIONAL DE LA VIVIENDA

DISTRIBUCION PROVINCIAL DE LOS PROYECTOS DE VIVIENDAS PROTEGIDAS DESDE 1939 HASTA LA FECHA

